

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD ECLESIAÍSTICA DE CIENCIAS FILOSÓFICO-
TEOLÓGICAS
ESCUELA DE TEOLOGÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA**

JESUCRISTO ÚNICA ESPERANZA DE SALVACIÓN DEL HOMBRE

Por:

José Dávila

Director:

Dr. Fernando Barredo H, S.J

Quito, 2014

Tesis
Jesucristo única esperanza de salvación del hombre

DEDICATORIA

Dedico el presente trabajo a todos aquellos cristianos y personas de buena voluntad que han experimentado etapas difíciles en su vida, pero que, sin embargo, han logrado mantenerse en la verdadera Esperanza, la misma que proclama que Jesucristo es el único que nos ofrece la salvación. Todo esto con el fin de motivar y llenar de esperanza la vida cotidiana de todo fiel que busca a Dios y cree en sus promesas.

AGRADECIMIENTO

Doy Gracias a Dios Uno y Trino que con su gracia me ha guiado en el desarrollo de la presente disertación.

A mis profesores, que con paciencia y dedicación han contribuido con su saber; entre ellos: P. David de la Torre SS.CC, P. Efrén Santacruz C.J.M. y P. Fernando Barredo H. S.J.

A la Congregación de la Misión por su constante preocupación por los estudios de los futuros sacerdotes y por el apoyo incondicional durante la etapa de formación.

Y, como no, a mis padres, quienes con su ejemplo y su vida me han educado para mantenerme firme y constante en el camino de la esperanza cristiana.

RESUMEN

La esperanza es un valor importante y necesario en la vida de todo ser humano. Contribuye a mantener vivas las metas y proyectos trazados a lo largo de la existencia. Motiva la existencia del presente y la abre al futuro impidiendo, así, aferrarse al pasado. Sin embargo, en la cotidianidad de la vida, este valor es cuestionado fuertemente cuando se enfrenta a la muerte, al sufrimiento y al dolor; aquí la esperanza es incapaz de librar al hombre de estas situaciones. Además, la esperanza puede perder el horizonte humanizador cuando su fundamento es solamente el hombre y sus capacidades. Por eso, es necesario encontrar un fundamento sólido, capaz de responder a las cuestiones de sentido, capaz de salvar a todo ser humano.

El fundamento de la esperanza cristiana es Jesucristo. Su encarnación, su ministerio, su muerte y su resurrección constituyen el paradigma de esta espera. Por sus méritos podemos estar con Él en la vida y en la muerte, y resucitar con él. Pero también por el Hijo de Dios podemos vivir del amor salvífico de Dios aquí, así como también en la vida eterna. Esperamos, por medio de la fe en Jesucristo, que Dios nos amará para toda la vida. En consecuencia: el Hijo de Dios es la esperanza en la que todo hombre puede ser salvado y gozar de la vida eterna.

A partir de esto la Iglesia, mientras aguarda expectante la plenitud de la salvación, recorre un camino en el que cree, vive y celebra esta esperanza.

Palabras Clave:

Esperanza

Valor

Sentido

Jesucristo

Encarnación

Humanización

Vida

ABSTRACT

Human hope is an important and necessary value in the life of every man. Help keep alive the goals and projects along paths of existence. It motivates the existence of the present and opens the future preventing the clinging to the past. However, in everyday life, this value is strongly questioned when facing death, suffering and pain, the hope here is unable to deliver man from these situations. It may also lose the humanizing horizon when its foundation is only the man and his abilities. Therefore it is necessary to find a solid foundation that can respond to questions of sense, able to save the man.

The foundation of Christian hope is Jesus Christ. His incarnation, ministry, death and resurrection are the paradigm of this waiting. For his merits we believe that we can be with Him in life and in death, and rise with Him. But also for the Son of God we can live the saving love of God here, as well as eternal life. We hope, for the faith in Jesus Christ, that God will always love us. Consequently, the Son of God is the hope in which every man can be saved and enjoy eternal life.

From this, the Church, while expectantly awaits the fullness of salvation, goes a way in which she believes lives and celebrates this hope.

Key Words:

Hope

Value

Sense

Jesuschrist

Incarnation

Humanizing

Life

TABLA DE CONTENIDOS

Preliminares

Dedicatoria

Agradecimientos

Resumen

Abstract

INTRODUCCIÓN.....	8
CAPÍTULO I : LA ESPERANZA HUMANA: UN VALOR FUNDAMENTAL Y SUS CUESTIONAMIENTOS	12
1.1. LA ESPERANZA COMO UN VALOR FUNDAMENTAL	12
1.2. LOS CUESTIONAMIENTOS DE LA ESPERANZA.....	16
1.3. LA ESPERANZA HUMANA SIN UN HORIZONTE TRASCENDENTE.....	21
CAPÍTULO II: JESUCRISTO GARANTE DE LA ESPERANZA CRISTIANA	26
2.1. EL ACONTECIMIENTO JESUCRISTO, GARANTÍA Y FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA	26
2.2. EL AMOR DE DIOS MANIFESTADO EN JESUCRISTO ES LA FUENTE INAGOTABLE DE NUESTRA ESPERANZA	32
2.3. EL TESTIMONIO DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS DE LA ÉPOCA DEL NUEVO TESTAMENTO COMO APOORTE PARA FUNDAMENTAR LA ESPERANZA CRISTIANA.....	38
CAPÍTULO III : LA ESPERANZA ECLESIAL: CREER, VIVIR Y CELEBRAR	45
3.1. CREER: DIOS SE INTERESA POR NOSOTROS	45
3.2. VIVIR: UNA COMUNIDAD QUE PRACTICA LA ESPERANZA	51
3.3. CELEBRAR: LA EUCARISTÍA, PRENDA DE LA GLORIA FUTURA.....	58
CONCLUSIONES	64
BIBLIOGRAFÍA.....	68

INTRODUCCIÓN

La presente disertación aborda el tema de la esperanza cristiana. Específicamente nos preguntamos ¿por qué Jesucristo es la única esperanza en que todo hombre puede ser salvado? Frente a este cuestionamiento buscamos mostrar que la única esperanza de salvación del hombre es Jesucristo, puesto que Él es en realidad el único capaz de motivar, de dar sentido y de salvar la existencia humana. Por tanto, el Hijo de Dios, es el rostro de la verdadera esperanza de salvación y aquel que nos muestra el amor de Dios.

El hombre moderno generó distintas esperanzas en las que ha puesto su confianza, olvidando la esperanza salvífica ofrecida por el cristianismo. Es aquí donde nuestra empresa encuentra su motivación para discernir si dichas esperanzas aportaron una auténtica y verdadera esperanza de salvación.

Así también, el presente trabajo analiza y expone la crisis de la esperanza cristiana en el tiempo moderno, la misma que estuvo determinada por el surgimiento de una nueva época en la que la redención, como restablecimiento del paraíso perdido, ya no se esperaba de la fe, sino de la correlación descubierta entre ciencia y praxis. Es así que en el siglo XVIII, Siglo de las Luces, la fe en el progreso se constituyó como nueva forma de esperanza de salvación, y se consideró a la razón y a la libertad, así como al dinero y al poder, el faro que debía guiar el camino de la esperanza. Sin embargo, “la historia testifica que estos caminos nunca lograron satisfacer por completo al hombre ni aportaron una esperanza de salvación segura y plena”¹.

También desarrollamos esta disertación porque sabemos que el hombre moderno no deja de buscar en las cosas materiales, en teorías, hipótesis e incluso dentro de sí mismo, múltiples formas para entender la salvación. En varias ocasiones el ser humano ha querido conquistar por sí sólo, y únicamente a través de sus fuerzas, esa salvación, pero los resultados no han sido los deseados, pues no han respondido plenamente a esta cuestión tan

¹Hacemos referencia a los acontecimientos tales como la revolución francesa y la primera y segunda guerra mundial, que cobraron la vida de tantos seres humanos y alejaron la paz y la esperanza, así como también a los cambios tan acelerados que se dan en pleno siglo XXI.

profunda para el hombre como lo es la salvación, su salvación. Por eso es necesario presentar a los ojos de todo ser humano donde se encuentra la verdadera esperanza salvífica.

Por otro lado, la importancia de nuestro tema surge también de la consideración de la filosofía de la angustia y desesperación, que se dio en los ambientes de la clase culta después de la primera guerra mundial, y que hoy se ha extendido a casi todas las capas de la sociedad, provocando que el ser humano se abandone con facilidad a la resignación y a la angustia existencial. Frente a esta situación el cristiano y todo hombre de buena voluntad sienten la necesidad de conocer la verdadera esperanza, de dar razón de ella y de presentar los medios eficaces para hacerlo a la luz del evangelio de la esperanza.

Pero también es necesario al abordar esta cuestión tomar en cuenta las diferencias existentes entre la esperanza del hombre profano moderno y la del cristiano. El hombre moderno es el ser con muchos deseos que ansía acortar la distancia que existe entre él y los bienes que anhela. Es un hombre de las esperanzas a corto plazo, que desea satisfacerlas inmediatamente y que, una vez satisfechas, se encuentra cansado, vacío y desilusionado. Sus esperanzas no engrandecen su espíritu y no le dan a la vida pleno significado, pero en cambio le conducen por caminos de un progreso discutible. El cristiano está llamado a buscar en el Sumo Bien la esperanza, la confianza y a creer que recibe la gracia para conseguirlo.

Por último, hoy más que nunca es importante también retomar la esperanza cristiana porque los problemas que afligen a la humanidad de nuestros tiempos tales como la amenaza nuclear, la crisis energética, el hambre y la muerte, parecen acabar con toda pequeña llama de esperanza que hubiera en el corazón del hombre.

En virtud de esto la esperanza cristiana hunde sus raíces en Jesucristo constituido por el Padre como Mesías, Señor y Salvador. De allí que la encarnación del Hijo de Dios, es decir, la vida, la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo constituyen la única y verdadera fuente de esperanza, puesto que ha abierto las puertas de la salvación para el hombre, manifestando así su amor por la humanidad entera.

Depositar la confianza en la persona de Jesucristo, quien nos revela el amor salvífico de Dios, resulta necesario e implica una serie de consecuencias referentes a la fe que cada miembro de la Iglesia debe asumir para alimentar la esperanza eclesial tales como: creer que Dios se interesa por el hombre, que se ha encarnado por nosotros y por nuestra salvación y que es amor. Además, mientras el pueblo de Dios espera la plenitud de la salvación, de la cual Cristo es la verdadera garantía, la esperanza eclesial se aprende, se vive y se ejercita en distintos momentos y circunstancias de la vida ordinaria de todo hombre. En consecuencia, cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, celebra la prenda de la gloria futura, ya que por el sacrificio de Jesucristo al Padre, el cielo se une con la tierra y la salvación se hace presente.

Para desarrollar el tema de la esperanza de salvación creemos conveniente la tarea de remitirnos al terreno antropológico, teológico y pastoral.

Por tanto, el desenvolvimiento de la disertación se hará a partir del análisis de la esperanza como un valor humano para determinar si aquella esperanza, inmanente, es capaz de sostener los proyectos y anhelos más profundos de todo hombre. Luego la reflexión continuará entorno a los cuestionamientos de la esperanza. Este punto se desarrollará a partir de la reflexión de las consecuencias que la muerte, el sufrimiento y el mal producen en el hombre y que, por tanto, cuestionan su esperanza. Posteriormente se determinará que cuando la esperanza inmanente es depositada en las capacidades humanas, corre el riesgo de reducirse a una ilusión estéril, carente de fundamentos capaces de iluminar la realidad terrena y de garantizar la vida futura. Se mostrará también cómo en muchas ocasiones la sola confianza en las capacidades humanas ha ocasionado un desequilibrio en el interior de la persona.

Luego, puesto que la esperanza eminentemente humana no responde satisfactoriamente a los interrogantes del hombre, resulta necesario que éste busque una esperanza que trascienda su existencia. Y aquella Esperanza que trasciende y da sentido al hombre es Jesucristo. Él, Hijo de Dios hecho carne es el fundamento verdadero, real, seguro y sólido de la esperanza humana. Por Él, en esperanza, hemos sido salvados (Rm 8, 24).

Por tanto, se presenta la necesidad de un recorrido por el acontecimiento esperanzador, que se concreta en el misterio de la anunciación, la encarnación e infancia de Jesucristo, en su vida pública así como en la muerte y resurrección del Hijo de Dios. Dedicaremos una parte especial a la resurrección como paradigma de la esperanza cristiana.

Después de considerar la manifestación del Señor Jesucristo en la tierra, será necesario detenerse en la cuestión de cómo se fue entendiendo y viviendo esta esperanza en las primeras comunidades cristianas. Para esto recurriremos a los textos paulinos y joánicos, puesto que estos escritos dan razón de este proceso. A través de este trayecto descubriremos que la fuente inagotable de la esperanza de todo creyente es el amor de Dios manifestado en su Hijo, pues el amor de Dios hace que esa esperanza quede definitivamente garantizada.

Luego debido a que la esperanza de salvación debe estar apoyada en un contenido de fe, nos detendremos a analizar una serie de consecuencias antropológicas que están estrechamente relacionadas con la vida de fe de todo bautizado y deben ser creídas y asumidas. Dado que la esperanza debe encarnarse en la vida, es imprescindible destacar ciertos espacios de reflexión como el juicio, el sufrir-actuar y la oración, que son lugares desde donde la esperanza se aprende y se ejercita, desde donde se hace vida. Por último en cuanto que la esperanza de salvación debe ser celebrada, haremos mención a la Eucaristía como el lugar más propicio para celebrarla, debido a que es la prenda de la gloria divina y, por tanto, de salvación. De esta manera habremos visto cómo la esperanza eclesial exige ser creída, vivida y celebrada.

CAPÍTULO I

LA ESPERANZA HUMANA: UN VALOR FUNDAMENTAL Y SUS CUESTIONAMIENTOS

1.1. LA ESPERANZA COMO UN VALOR FUNDAMENTAL

*“La esperanza es un valor fundamental que permite tener confianza de lograr una cosa. Es también la ilusión del ánimo que nos hace creer como seguro y factible lo que deseamos o ambicionamos”*². En consecuencia conlleva a tener presente que todo lo que hacemos tiene sentido y por eso podemos trazar caminos a las situaciones adversas. La esperanza compromete el presente y abre el futuro existencial del ser humano hacia la búsqueda del sentido de la vida.

La realidad que vivimos, envuelta en la crisis ecológica, económica, social, existencial, exige una atenta reflexión sobre la validez de la esperanza, ya que por *“la hondura y la universalidad de su implantación en el corazón del hombre”*³ la esperanza humana es una invitación a pensar si nuestro mundo tal y como va tiene un futuro prometedor o si todo termina en el sin sentido. Por eso es necesaria una atenta reflexión sobre la importancia de la esperanza en el hombre.

*“La esperanza pertenece al grupo de vivencias o experiencias fundamentales que llegan al fondo de la existencia, movilizandolos resortes de la vida y suscitando las cuestiones del sentido”*⁴. Además este valor *“se halla muy cerca de estar en el mismo corazón y centro del ser humano”*⁵. De ahí que la esperanza constituye un valor fundamental en la existencia de todo hombre, ayuda a superar las dificultades que se presentan y permite abrirse a la espera y confianza en un mundo más fraterno y humano. Contribuye a progresar personal y comunitariamente, debido a que motiva y orienta la vida

² Diccionario de la Lengua Castellana, Ed. Garnier Hermanos, París, sobre el concepto de esperanza, p. 941

³ Entralgo, L., *Antropología de la esperanza*, Madrid, 1978, p. 10

⁴ Torres Queiruga, A., *Esperanza a pesar del mal*, Ed. Sal Terrae, Santander 2005, p. 17

⁵ Ferrater Mora, J., *Diccionario de Filosofía*, Ed. Ariel, Barcelona 2001, p. 1095

humana. En conclusión es saludable en todo momento porque guía el camino que el hombre recorre a lo largo de su vida.

Cuando las cosas o circunstancias no son favorables o cuando una sensación de desencanto invade al hombre, surge ante los ojos humanos la necesidad de la esperanza, como dimensión fundamental. Y, al ser la esperanza una dimensión fundamental del hombre, forma parte de él, es algo propio y característico que, como afirma Andrés Torres Queiruga: *“afecta a lo humano como tal”*⁶. La esperanza, entonces, pertenece al ser humano, constituyéndose en una gran respuesta frente a distintas adversidades de la vida, como la misma muerte. En consecuencia, se trata de un referente al que todo ser humano acude para responder, al menos en parte, por el sentido de su existencia.

*“Constitutivamente el ser humano es alguien que espera”*⁷, en cuanto que es un ser abierto al futuro, es decir, abierto a lo que está por venir. Para el desarrollo de esta idea podemos tener presente los pensamientos de dos autores: *“la esperanza se le presenta también como un compromiso de su presente abierto hacia el futuro”*⁸; *“el hombre es un animal con sentido del futuro más allá de sí mismo, es un ser en busca de su realidad”*⁹. Por lo citado, vemos que el homo sapiens trata de establecer un compromiso de espera ante las realidades futuras, especialmente las que son definitivas. Entonces, al ser compromiso del presente abierto al futuro, la esperanza nos llega como una actitud de lucha en la que interviene el sacrificio, el esfuerzo y la constancia ante los bienes que todavía no se poseen.

Andrés Torres Queiruga afirma que: *“la esperanza no puede quedarse en constatación estática, sino que ha de convertirse necesariamente en movimiento dinámico, en tarea que, movilizándolo el presente, abre al futuro y pone en juego la vida misma”*¹⁰. Ernst Bloch, en cambio, dice en su obra fundamental <<Principio Esperanza>> que *“esperar implica pasar a la acción”*¹¹. La esperanza es entonces un valor dinámico y activo; es una acción que busca el bien personal y comunitario. Por eso, la esperanza exige al hombre el

⁶ Torres Queiruga, A., op. cit, p. 19

⁷ Tierno, B. *Valores Humanos*, Ed. Taller de Editores S.A. Tercer Volumen, Madrid 1997, pág. 119

⁸ Ídem

⁹ O'Collins, G., *El hombre y sus nuevas esperanzas*, Ed. Sal Terrae, Santander 1970, p. 29

¹⁰ Torres Queiruga, A., op. cit, p. 23

¹¹ Bloch, E., *El Principio Esperanza I*, Ed. Trotta, Madrid 2004, p. 117

compromiso de obrar, contribuye a su transformación y renovación y, en consecuencia, impide que permanezca estático.

De esto se desprende que si la esperanza está profundamente relacionada con todo lo descrito anteriormente ayuda al hombre a la búsqueda del progreso, a su superación, a tener presente que todo lo que hace tiene sentido. La esperanza, unida a la praxis, anuncia al hombre la posibilidad de su cambio y de su progreso, a pesar de que este pueda estar perdido en esa esquizofrenia de muerte, de odio y desamor, de violencia y venganza, de corrupción e injusticia, de hambre y materialismo, de egoísmo y hedonismo.

Así, la esperanza intrínseca al ser humano, porque: *“esperar es ser realmente un hombre”*¹², abre la posibilidad de creer y esperar el futuro con alegría, adoptando una actitud de constante renovación y superación, evitando así, asumir la desesperanza como algo definitivo. Esto constituye un reto para el hombre contemporáneo, pues frente a una crisis de fe y de esperanza le resulta difícil descubrir que la fe es la seguridad de lo presente y la esperanza es la acompañante inseparable de la fe.

Por otro lado, la esperanza es asumida como una guía en el caminar frente a un futuro poco prometedor y carente de sentido ya que *“siempre es búsqueda, es hermosa vocación o modo de sentir y de vivir a cada instante la fuerza de la vida que late en el corazón humano”*¹³. Esto quiere decir que la esperanza es una luz en las luchas constantes del hombre. *“Desde la situación concreta, el esperanzado confía en ser hombre, en ser él mismo y ser más en una situación futura; más aún cree que existir en el mundo es estar siendo en camino o pretensión de ser plenamente”*¹⁴, nos dice un autor al respecto. Por tanto esta búsqueda iluminada por la esperanza es constante y está orientada a la plenitud del ser humano.

Además, el hombre que camina por la senda de la esperanza es alguien que, más allá de procurar ser él mismo, se abre a la caridad con los hombres abatidos por el dolor, privados de alegría y carentes de consolación. Es una vocación solidaria, abierta a la

¹² O'Collins, G., op. cit, p. 29

¹³ Ferrater Mora, J., op. cit. p. 1095

¹⁴ Entralgo, L., op. cit. pp. 170 -171

escucha de un <<otro>> que me habla y me dispone a contagiar de alegría y a dar una palabra de ánimo al abatido. También es capaz de ofrecer el calor humano y la amistad a los más desfavorecidos, a los olvidados, haciendo de este un mundo más humano. La esperanza, definitivamente, es saludable en toda circunstancia.

A su vez, todo individuo que vive en la esperanza, también vive del amor en su existir. El amor nutre, renueva y purifica la esperanza. Por eso no se puede vivir en la esperanza si primero no se ama, porque todo aquel que ama sabe esperar, y quien sabe esperar es alguien que sabe amar. Entonces, todo ser lleno de esperanza, animado y movido por el amor, puede encontrar la felicidad en el servicio, en la entrega gozosa a la defensa de la verdad y del bien así como en la construcción de este mundo mucho más amable, solidario, y justo.

Servir por y con amor hace que todo ser humano lleno de esperanza se sienta inundado de paz interior, viva la alegría y la pueda contagiar, puesto que es una buena guía hacia la búsqueda del porqué de la existencia, hacia el cumplimiento de un ideal, y también para poder soportar las pruebas difíciles que la vida presenta. V. E. Frankl dice: *“no hay nada en el mundo capaz de ayudarnos a sobrevivir, aun en las peores condiciones, como el hecho de saber que la vida tiene un sentido, es decir, que la vida por sí misma es esperanza”*¹⁵

Pero por el contrario, cuando un hombre cae en la desesperanza por la falta de una esperanza trascendente o la falta de confianza en sí mismo o en los demás, no puede superar los problemas, se convierte en alguien cerrado sobre sí mismo, atormentado interiormente y empobrecido en cuanto a lo psíquico, espiritual y afectivo. En otras palabras: alguien que vive en la desesperanza, es alguien que vive en la angustia, puesto que ha tomado conciencia de que *“está perennemente expuesto a la nulidad de sus proyectos”*¹⁶. De esta forma la vida aparece como una tragedia o como un sin sentido existencial carente de un horizonte prometedor.

¹⁵ Frankl, V., *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, Barcelona 1991, p. 59

¹⁶ Grupo Océano, *Atlas Universal de Filosofía*, Ed. Océano, España (Sobre el concepto de angustia) p. 392

Tener una esperanza, y más aún si es de carácter trascendente, hace que el hombre aprenda a ser positivo frente a sus semejantes. De ahí que la falta de esperanza o de confianza en el otro constituye la desvalorización de su naturaleza, de su ser en sociedad, de su propio bien. En fin, podríamos decir que vivir sin esperanza equivale a rendirse ante los avatares del curso de la vida y a desintegrarse como persona.

Hasta aquí se ha presentado la esperanza como un valor elemental y propio del ser humano y, por todo lo dicho, vemos que es un valor saludable para el hombre en razón de que éste no está llamado a vivir en la desesperanza.

Ahora es necesario determinar que la vigencia de esta esperanza está cuestionada de modo especial cuando se enfrenta con situaciones límites. Para ello ubicaremos en primer lugar a la esperanza frente al fracaso y frente al mal y la muerte. Luego analizaremos algunas circunstancias en las que la esperanza puede perder el horizonte, es decir, cuando no contribuye al proceso de humanización. La reflexión de ambos aspectos nos ayudará a discernir si la esperanza humana es, en sentido estricto, una ilusión incapaz de dar verdadero sentido frente a las situaciones límites o si, por el contrario, puede responder eficaz y plenamente a la búsqueda de sentido.

1.2. LOS CUESTIONAMIENTOS DE LA ESPERANZA

Las experiencias como el fracaso, el mal y la muerte constituyen unos de los mayores cuestionamientos de la esperanza humana. Ante el fracaso, el mal y la muerte, situaciones límites, la esperanza humana aparece coartada y adquiere el rostro de una ilusión que se puede desvanecer con prontitud. Esto indica que toda persona que vive en la esperanza, aunque sabe valorar los éxitos y las pequeñas esperanzas de cada día, *“tiene bien claro que sólo la Esperanza con mayúsculas dará pleno sentido a su vida y será la fuente de profunda felicidad interior”*¹⁷.

¹⁷ Tierno, B. op. cit., p. 134

Hemos dicho que el hombre sabe que la esperanza es un valor fundamental en la vida y que tarde o temprano, en algún momento de su existencia, acude a ella. Sin embargo, puesto que las situaciones límite tocan y turban frecuentemente la existencia humana, aquella puede volverse tenue cual luz que va desapareciendo. De ahí puesto que el hombre se cuestiona por el sentido de su existencia, se nos presenta la interrogante de si éste es capaz de mantener firme la esperanza en un futuro mejor a pesar del fracaso, el mal y la muerte. En otras palabras: ¿“somos capaces de encontrar bases sólidas para la esperanza humana aquí, que nos permita esperar”¹⁸? ¿Somos capaces de esto aunque estén presentes frecuentemente el fracaso, el mal y la muerte?

Para tan grande empresa empezaremos la reflexión a partir del encuentro del hombre con el fracaso y el mal y concluiremos con la experiencia que vive frente a la muerte.

Tanto para cada una de las personas como para la historia humana en general, la existencia es un sendero en donde las victorias parciales están diseminadas en medio de un número incalculable de intentos frustrados o fracasados. Esto significa, como dice Karl Rahner, que “*el fracaso es propiedad existencial del hombre*”¹⁹; al cual, agregaría yo, que en algún momento lo encontramos inevitablemente. El hambre, el sufrimiento, la incompreensión, la guerra, los derechos vulnerados y las injusticias confirman que “*el fracaso y el mal indudablemente forman parte de la existencia humana*”²⁰.

El fracaso se presenta como el desnivel entre la aspiración y el cumplimiento o como la distancia entre el proyecto de autorrealización y la realización efectiva. Por eso provoca una tensión en lo más profundo del hombre y una ruptura entre lo que se quiere ser y lo que no puede ser, entre lo que se quiere hacer y no se puede realizar. Por ende se escucha con frecuencia que alguien ha fracasado, ha fallado, ha cometido un error o que las cosas han salido mal.

¹⁸ Cf., Gevaert, J., *El Problema del Hombre*, Introducción a la Antropología Filosófica, Ed. Sígueme, Salamanca 1978, p. 265

¹⁹ Rahner, K., *Grundentwurf einer theologischen Anthropologie*, en *Handbuch der Pastoral theologie* II/1, Freiburg, citado en la Revista Atenea: Revista de ciencia, arte y literatura de la Universidad de Concepción, Ed. Universidad de Concepción, Chile 2011, p. 35

²⁰ Gevaert, J., op. cit, p. 267

Todo esto indica que cuando la persona se enfrenta al fracaso se ve impotente y, por tanto, esto constituye un problema que hay que asumir desde una nueva perspectiva.

A su vez, el fracaso puede ser entendido como un intento por asumir un valor que se hunde y acaba en la nada. Si consideramos la humanización como horizonte axiológico de la dignidad humana, este proceso, considerado como esencial, es truncado por el fracaso. La experiencia del fracaso produce una frustración en el corazón humano, ya que afecta al proyecto de humanización, proceso por el cual se tiende a encontrar un equilibrio con uno mismo y con los demás. Frente a esta realidad el alcance de la esperanza humana resulta limitado.

Por otro lado, en cuanto al mal, *“se habla de éste siempre que se realiza la experiencia de situaciones que parecen estar en contraste con las justas exigencias del hombre o que frustran los ideales que él intenta realizar en la historia”*²¹. El mal se presenta como el irracional por excelencia que afecta y desintegra la capacidad de la convivencia humana. Fracaso y mal, en cuanto se manifiestan como realidades antropológicas, dejan poca cabida para la esperanza. Sin embargo, la humanidad no se resigna ante estas realidades existenciales y más bien quiere encontrar una respuesta a estas experiencias profundas.

Frente al padecimiento del mal, el hombre busca una explicación intelectual, pues desea soportar mejor, a nivel existencial, la violencia del mal, o a su vez, mantenerse en la esperanza de encontrar una actitud concreta más justificable ante éste. A lo largo de la historia han existido algunas personas interesadas en la racionalización del problema del mal. Teilhard de Chardin considera que *“el mal es un subproducto inevitable de la evolución”*²². La idea de evolución que propone es inseparable de una estructura de lucha y de conflicto, esto es, de una dialéctica que elimina al débil, a lo que no es vital, a lo que no tiene porvenir y al mismo tiempo asegura la afirmación de lo que es mejor, más robusto y más vital. Así la experiencia misma del mal constituiría un desafío permanente, que

²¹ Ibid., p. 268

²² Ibid., p. 276

provoca al hombre y lo incita a la superación. De los males y sufrimientos, en cada etapa de la evolución, el hombre elige el mejor camino.

M. Verret, considera que *“el mal es el camino necesario para la ascesis de la humanidad hacia su libertad”*²³. Pero para ser comprendido y superado, hay que enfrentarlo a nivel histórico y no desde lo absoluto y trascendente. M. Verret insiste en el hecho de que el marxismo resuelve el mal atendiendo a las causas que lo han engendrado, esto es, a las causas económicas y a las estructuras sociales. El marxismo en consecuencia propone cambiar al hombre cambiando las estructuras sociales para sólo de esta forma vencer al mal.

Todas estas reflexiones filosóficas sobre la presencia del mal en la existencia humana no logran aclarar su origen, es más, son impotentes al querer racionalizarlo en su totalidad, puesto que siempre queda algo de incertidumbre y de misterio pues el mal sorprende constantemente al hombre. Parece que la esperanza frente al mal puede considerarse como una ilusión o una utopía limitada.

Ahora la relación entre esperanza y muerte puede contribuir al intento de conocer si el hombre puede vivir y mantenerse en la esperanza, en una esperanza que le dé seguridad y confianza en esta vida y que, en último término, garantice su salvación en una vida futura: *“entre las experiencias negativas de fracaso y de límite ocupa un lugar central la situación límite de la muerte”*²⁴

La muerte es lo único cierto que el hombre sabe y sobre lo que tiene conciencia. Además, la conciencia sobre la muerte tiene poder pleno en el ser humano porque condiciona y determina directamente su vida, proyectos y esperanzas. Si la muerte la entendemos como la *“extinción de todas y de cada una de las posibilidades que deja vacíos en cierto modo todos los compromisos históricos y terrenales”*²⁵ entonces frente a ella el hombre es nada. Somos impotentes ante la muerte.

²³ Ibíd., p. 279

²⁴ Ibíd., p.295

²⁵ Ibíd., p.300

Frente a este panorama algunos filósofos, entre ellos Jean Paul Sartre, dicen que la muerte presenta el carácter absurdo de la existencia. La cuestión gira alrededor de la toma de conciencia que si se vive para morir la vida carece de total sentido. Si lo único que se puede esperar es la muerte, entonces para qué vivir, luchar, trabajar, comer; esto es realmente una tragedia. Entender que la muerte aniquila las posibilidades de cada uno es aceptar un fracaso. En esta visión no hay espacio para la redención de la existencia y esto implica que también no queda espacio para la esperanza en un futuro trascendente.

*“A. Camus, en cambio, busca afanosamente un camino entre la ausencia de esperanza y la repulsa del absurdo radical”*²⁶. Propone que la muerte como extinción total de la persona concreta parece comprometer definitivamente a la libertad, a los proyectos, a la esperanza, al futuro. Esta postura racional hace notar que la muerte no posee ninguna promesa de esperanza de salvación en razón de que tiene la última palabra sobre la existencia. Entonces, toda esperanza de salvación carece de sentido y resulta inútil.

La naturaleza antropológica de la muerte nos introduce en el más claro cuestionamiento de la esperanza humana. De allí que no se puede negar que, tanto el fracaso, el mal, el sufrimiento y especialmente la muerte causan en el hombre un desconcierto tal, que resulta difícil encontrar un fundamento para mantenerse en la esperanza. Entonces, frente a las situaciones límites el hombre descubre su finitud, la finitud de su esperanza y la carencia de un fundamento sólido que le proporcione certezas para esperar.

Hasta aquí, hemos visto que la esperanza humana cuando está frente el mal o la muerte, encuentra cuestionamientos con los que a veces se ve incapaz de hacer algo que evite su acción; frente a ellos descubre su finitud y al ser así no se puede hablar de una esperanza en la que podamos ser salvados, no podemos hablar de una esperanza capaz de dar sentido a la existencia. Sin embargo, es una situación que permite ver la vida desde otra perspectiva. Es una realidad que invita a que el hombre dé un paso más, a través de su inteligencia apoyada en la fe, hacia una nueva Esperanza que realmente es capaz de dar sentido a su existencia terrena y de ser garante de la existencia futura, una esperanza con un

²⁶ *Ibíd.*, p.304

fundamento lo suficientemente fuerte y con un horizonte prometedor. Esto lo abordaremos en el segundo capítulo.

Ahora es necesario reflexionar que cuando la esperanza carece de un fundamento y de un horizonte trascendente, corre el riesgo de dejar de ser esperanza de salvación.

1.3. LA ESPERANZA HUMANA SIN UN HORIZONTE TRASCENDENTE

Otro gran límite con que la esperanza se enfrenta es cuando es depositada únicamente en el hombre. Siendo así, la esperanza puede correr el riesgo de carecer de un fundamento sólido y por consiguiente carecer también de un horizonte. Esto se debe a que *“la realización plena de la esperanza, es posible si existe un fundamento suficiente para la misma”*²⁷ y el hombre no siempre lo ha sido. Por tanto nuestra reflexión presentará la esperanza del hombre moderno, quien piensa haber encontrado el verdadero fundamento de aquella; un fundamento que, centrado en sí mismo, pareció dar un horizonte esperanzador ante los interrogantes que tocan el sentido de su vida.

Cuando decimos que el hombre deposita la esperanza sólo en él nos referimos al hecho de que confía plenamente en sí mismo, en su razón, en sus capacidades, en la ciencia o en la tecnología, de las cuales es el depositario o autor. En consecuencia, también hacemos referencia a la negación de cualquier posibilidad de salvación fuera de sí mismo. Se trata por tanto de la confianza plena en las capacidades humanas como garantes únicas del proyecto de humanización. Esto exige que la fe depositada en un ser absoluto y trascendente, capaz de constituir fundamento de su esperanza, quede olvidada.

La historia nos presenta algunos estadios en los que el hombre de la modernidad depositó toda su confianza y esperanza.

El primer lugar o espacio fue la correlación entre ciencia y praxis. El descubrimiento de la íntima relación entre ellas hizo que *“el hombre piense que había*

²⁷ Torres Queiruga, A., op. cit, p. 30

vuelto a tener el poder de dominar la creación”²⁸. Con ello se establecía con mayor fuerza el reino del hombre y se dejaba a un lado cualquier otro posible reino. En esta correlación entre la ciencia y la praxis, el hombre era capaz de lograr una interpretación de la naturaleza conforme a sus leyes y con ello alcanzar “*la victoria del arte sobre la naturaleza*”²⁹, así como el restablecimiento del paraíso perdido. Fruto de esa correlación, como afirma Francis Bacon, “*la esperanza recibe una nueva forma que se denomina progreso*”³⁰. Por lo tanto se trata de la época en la que el ser humano confía plenamente en que los descubrimientos, los avances tecnológicos y el progreso de la ciencia, constituyen el fundamento sólido y seguro de toda esperanza. Se pensaba que el progreso en todos esos campos sería el garante de un mundo mejor, de una nueva humanidad. En resumen el progreso de la ciencia y la praxis constituiría el signo de su salvación.

Poco después la idea de progreso se relacionó con los términos razón y libertad. Así el progreso consistía en el dominio creciente de la razón; considerada como un poder del bien y para el bien. En cuanto a la libertad el progreso era la superación de todas las dependencias y, por consiguiente, era un progreso hacia la libertad perfecta con la que siempre había soñado. La libertad fue asumida como una promesa en la cual el hombre podía llegar a su plenitud, de ahí su importancia. No obstante en ambos conceptos, libertad y razón, estaba presente un trasfondo político.

El mundo esperaba en el poder de la razón una condición para llegar a ser totalmente libre. Por consiguiente, razón y libertad garantizaban una nueva comunidad humana perfecta. Por eso era necesaria su búsqueda y conquista sin tomar en cuenta el potencial revolucionario de enorme fuerza explosiva que poseían ambas cuestiones. Este anhelo llegó a concretarse políticamente en la Revolución Francesa, que fue un intento por instaurar el dominio de la razón y de la libertad, de manera políticamente real.

El siglo XVIII, llamado el Siglo de las Luces, también creyó que una nueva forma de la esperanza era el progreso. La técnica y la industrialización crearon una situación social nueva: se formó el proletariado industrial cuyas terribles condiciones exigían un

²⁸ Cf, Verneaux, R., *Historia de la Filosofía Moderna*, Barcelona, Herder, 1989, p. 123

²⁹ Bacon, F., *Novum Organum*, Barcelona, Folio, 2002, p. 74

³⁰ *Ibíd.*, p. 122

cambio. El cambio, para poder progresar, implicaba el fin de la sociedad burguesa y esto exigía una revolución. Karl Marx recogió esta llamada del momento y trató de encauzar este gran paso de la historia hacia la salvación. Entonces el progreso hacia lo mejor y lo definitivamente bueno, ya no venía sólo de la ciencia sino también de una política que debía cambiar todas las cosas.

Según los presupuestos marxistas se especulaba que con la expropiación de la clase dominante, la caída del poder político y la socialización de los medios de producción, todo podía proceder por sí mismo por el recto camino, pues todo pertenecería a todos y todos querrían lo mejor unos para otros. Estos ideales no llegaron a tener un buen fin pues se olvidó que en el hombre *“es una ilusión esperar que la vida pueda alcanzar una estabilidad asegurada”*³¹ ya que *“el universo no es ya un estado sino un proceso”*³². El hombre se encuentra sumergido en continuos cambios los mismos que impiden una estabilidad perenne.

De allí que todos los presupuestos mencionados en lugar de alumbrar un mundo sano dejaron a su paso una destrucción desoladora. Y es que *“la revolución no llegó a aportar una paz mundial perpetua”*³³. Se pensó, por tanto, en la curación del hombre sólo desde fuera, desde la ciencia y la praxis, desde la razón y la libertad, desde la política y la economía, pero no se tomó en cuenta que la sanación es desde el corazón y que la humanización empieza desde el interior.

La humanidad durante los siglos XX y XXI, habiendo heredado algunos presupuestos de los siglos anteriores, se encuentra inmersa en una nueva era de su historia, llena de rápidos y profundos cambios que han provocado una transformación social y cultural. En ellos el ser humano de estos siglos ha depositado la esperanza. Estos cambios traen consigo la incapacidad de disponer del poder a su propio servicio y provocan el esfuerzo por sondear la profundidad de su corazón encontrándose con la incertidumbre de sí mismo.

³¹ O'Collins, G., op. cit, p.15

³² Ídem

³³ Ibíd., p.14

Existe como nunca antes abundancia de riquezas, de posibilidades y capacidades económicas, pero también está latente la presencia de hombres que viven en la miseria, de seres humanos considerados desechables así como también tantos analfabetos que siguen sumidos en la pobreza con poca o sin esperanza alguna. Hoy somos conscientes de que tenemos mayor libertad, pero también han aparecido nuevas formas de esclavitud social y psíquica. Los cambios profundos que se ven hoy son también de capital importancia porque muestran que la esperanza requiere ser reorientada:

La turbación actual de los espíritus y la transformación de las condiciones de vida están vinculadas a una revolución más amplia, que tiende a conceder un peso más determinante, en la formación de los espíritus, a las ciencias matemáticas, naturales o humanas; y en la acción, a la técnica que de aquellas ciencias dimanar³⁴ (G.S n 5).

El cambio, por tanto, suscita un espíritu científico que modifica la cultura y los modos de pensar de los hombres. Este espíritu confía plenamente en la razón y en la técnica ya que con ellos puede transformar su realidad.

En este mismo sentido, *“el progreso de las ciencias biológicas, psicológicas y biológicas no solo permite al hombre conocerse mejor, sino que le ayuda a que influya en la vida de las sociedades, por el uso de una metodología técnica”* (G.S. n. 5). Esto hace que se pase de la concepción estática del orden cósmico a otra más dinámica y evolutiva en la que el hombre está en el centro de todo y su reino es el garante de la plena realización humana, de su felicidad.

Por otro lado, *“las transformaciones que el hombre ha suscitado en el orden social constituyen un cambio profundo en la sociedad”* (G.S. n. 6). El tipo de sociedad industrial, de la que ha sido protagonista, tiende a predominar y con ello a arrastrar a algunos países hacia una economía de opulencia y a la transformación de concepciones y condiciones de vida precarios. Los medios de comunicación contribuyen al conocimiento rápido de las realidades. A pesar de esto hoy hablamos más pero decimos poco.

En cuanto a la psicología, se experimenta un cambio de mentalidad y de estructuras que ha reelaborado la percepción de todo aquello que antes se consideraba un bien. En la moral

³⁴ Cf. Concilio Vaticano II, Documentos Completos, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n 5. Los documentos magisteriales serán citados con la abreviatura correspondiente seguida del numeral

hay una grave confusión en los comportamientos y en las reglas de conducta. La moral, para muchos ha caído en el relativismo y por lo tanto ha perdido su horizonte liberador. En lo que respecta a la religión, una transformación actual tiene que ver con el desentendimiento de aquella, de los valores que proclama. Se promueve con frecuencia la negación de Dios, pues así lo exige el progreso científico y el nuevo humanismo.

Todo esto nos muestra que hay un “*desequilibrio en el interior de la persona*” (G.S. n. 8). Hay inconsistencias entre la inteligencia práctica y el conocimiento teórico, entre la eficiencia práctica y la conciencia moral, entre la actividad humana y una concepción global del mundo. Por consiguiente, este desequilibrio también se manifiesta en el interior de la familia, entre las diversas razas, entre los países ricos y las naciones menos capaces y pobres. De ahí “*la mutua desconfianza y enemistad, los conflictos y sinsabores, de los que el hombre resulta, a la vez, causa y víctima*” (G.S. n. 8).

Lo expuesto nos conduce a la siguiente conclusión: el progreso en manos equivocadas puede convertirse en un progreso terrible que termina mal. De ahí que si el fundamento de la esperanza es este tipo de progreso, aquella está condenada a la frustración, puesto que no responde a los interrogantes fundamentales del ser humano y no siempre contribuye al proceso de humanización. Por eso la necesidad de encontrar un fundamento que sea eficaz e idóneo para mantenerla sólida.

Por tanto, la esperanza humana puede ser depositada en distintos estadios pero corre el riesgo como hemos presentado de perder su horizonte. Y, cuando la esperanza pierde el horizonte, es el hombre mismo quien se halla perdido en el mundo. No pocas veces trasponer la esperanza en algunas cosas sin solidez ha traído consigo más males que bienes, más desgracias que alegrías. La esperanza humana entonces tiene cuestionamientos que le hacen descubrir su finitud. Esto nos muestra indudablemente que el cumplimiento y la eficacia de la esperanza no se encuentra en nuestras manos. Por eso la necesidad de encontrar un verdadero fundamento capaz de ofrecer un horizonte claro y seguro para poder afirmar que en esperanza hemos sido salvados, de aquí que se deduce la necesidad e importancia de una esperanza trascendente.

CAPÍTULO II:

JESUCRISTO GARANTE DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Pese al fracaso constante, al mal y a la muerte, proponemos que vale la pena cuestionarse si todavía queda algún fundamento de la libertad, del amor y de la esperanza, que no se reduzca al mundo y a los demás y que, por tanto, permita también mantenerse en espera aun a pesar de la muerte. En otras palabras: ¿existe algo o alguien que garantice la espera en una vida terrena más digna y una vida futura plena, aun cuando la vida parezca a veces un sin sentido y que la muerte determine la existencia terrena?

El fundamento y la garantía para que todo hombre tenga sentido en su existencia presente y futura es Jesucristo, constituido por Dios Padre como Mesías, Señor y Salvador. En él, Dios y hombre verdadero, hemos sido salvados y por eso su vida es esperanza para todo hombre que cree en Él. La esperanza cristiana hunde sus raíces en la persona de Jesucristo. Depositar la esperanza en el Hijo de Dios resulta necesario e implica consecuencias saludables. *“El cristianismo es esperanza, mirada y orientación hacia adelante, y es también, por ello mismo, apertura y transformación del presente. Es promesa de algo nuevo asentado en Dios”*³⁵.

2.1. EL ACONTECIMIENTO JESUCRISTO, GARANTÍA Y FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA

Todo el acontecimiento Jesucristo es nuestra esperanza de salvación. La encarnación a la que sigue el nacimiento, la vida, la muerte y su resurrección da testimonio de esta verdad.

“La Palabra de Dios se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros” (Jn 1, 14).
“Dios se ha encarnado en Jesucristo y ha aparecido en el mundo de lo caduco, de lo

³⁵ Moltmann, J., *Teología de la Esperanza*, Ed. Sígueme, Salamanca 1981, p. 31

*mortal. El misterio de Jesús es así la encarnación del ser único, eterno, originario, verdadero e inmutable, divino*³⁶.

Podemos captar la Palabra de Dios hecha carne en Jesús de Nazareth. No es fácil. De hecho ha venido al mundo y el mundo no lo ha reconocido; no siquiera los suyos lo han recibido. Pero en Jesucristo se nos está ofreciendo la gracia y la verdad. Nadie nos puede hablar como él. Dios ha tomado carne en él. En sus palabras, sus gestos y su vida entera nos estamos encontrando con Dios. Dios es así, como dice Jesús; mira a las personas como las mira él; acoge, cura, defiende, ama, perdona como lo hace él.

Dios se parece a Jesús. Más aún. Jesús es Dios, es el Hijo unigénito de Dios. Para los cristianos, confesar a Jesús como el Hijo de Dios, es intuir y confesar el misterio de Dios encarnado en este hombre entregado a la muerte sólo por amor. Jesús es verdadero hombre; en él ha aparecido lo que es realmente el ser humano: solidario, compasivo, liberador, servidor de los últimos, buscador del Reino de Dios y su justicia. Es verdadero Dios; en él se hace presente el verdadero Dios, el Dios de las víctimas y los crucificados, el Dios Amor, el Dios que sólo busca la vida y la dicha plena para todos sus hijos e hijas, empezando siempre por los crucificados.

Por eso el Verbo eterno del Padre no abandonó la naturaleza humana que corría hacia su ruina, sino que con la oblación de su propio cuerpo destruyó la muerte bajo cuyo dominio el hombre había sucumbido, con sus enseñanzas corrigió los errores humanos y con su poder restauró los bienes que el género humano había perdido. Así testifica la Escritura: “todos los hombres pecaron y se hallan privados de la gloria de Dios; son justificados gratuitamente, mediante la gracia de Cristo, en virtud de la redención realizada en él; a quien Dios ha propuesto como instrumento de propiciación, por su propia sangre y mediante la fe” (Rom 3, 23-25):

La Palabra de Dios, viendo al género humano descarriado, tomó la naturaleza de esclavo, uniéndose a ella, y de esta manera hizo que volviesen a él todos los hombres. Por esto nuestro salvador asumió nuestra naturaleza; por esto Cristo el señor aceptó la pasión salvadora, se entregó a la muerte y fue sepultado; para sacarnos de aquella antigua tiranía y darnos la promesa de la incorrupción, a nosotros que estábamos sujetos a la corrupción. En

³⁶ *Ibíd.*, p. 183

efecto, al restaurar por su resurrección el templo destruido de su cuerpo, manifestó a los muertos y a los que esperaban su resurrección la veracidad y firmeza de sus promesas³⁷

La Escritura también da razón por la que fue precisamente el Verbo de Dios y no otro el que tenía que hacerse hombre: *“Era conveniente para Dios-dice-, para quien y por quien son todas las cosas, que, queriendo llevar una multitud de hijos a la gloria, consumase en la gloria, haciéndolo pasar por los sufrimientos al jefe de la salud de todos ellos”*. Con estas palabras se nos significa que librar a los hombres de la corrupción corresponde únicamente al Verbo de Dios, por quien fueron creados en el principio.

La razón por la cual el Verbo quiso tomar carne y hacerse hombre no fue otra sino la de salvar a los hombres con quienes se había hecho semejante al asumir un cuerpo; así lo dice, en efecto, la Escritura: *“Como los hijos comparten carne y sangre, también él entró en a participar de las mismas; así por su muerte reducía a la impotencia al que retenía el imperio de la muerte, es decir, al demonio; y libraba a los que por temor a la muerte vivían toda su vida sometidos a esclavitud”*. Así, al inmolar su propio cuerpo, destruyó la vida que había sido dada contra nosotros, y renovó nuestra vida, dándonos la esperanza de la resurrección.

Pues si la muerte penetró en la humanidad fue por culpa de los hombres, en cambio, fue gracias a la encarnación del Verbo de Dios que la muerte fue destruida y se recuperó la vida. Así lo afirma san Pablo: *“porque, como por un hombre vino la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos; y, asociados a Cristo”* (1 Col 1, 15). Ya no morimos, pues, como unos condenados, sino que morimos con la esperanza de resucitar de entre los muertos en el día de la resurrección universal que Dios realizará cuando llegue el tiempo.

Antes de continuar con el desarrollo del anuncio del nacimiento del Salvador a partir del evangelio de san Lucas se ha de advertir que este evangelista nos ofrece una síntesis de la vida de Jesús vista con los ojos de la fe, es decir, nos da una interpretación teológica y no tanto una narración puramente histórica.

³⁷ Del Tratado de Teodoreto de Ciro, obispo, Sobre la encarnación del Señor, in Liturgia de las Horas, Tomo IV, Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao 2005, p. 550

El anuncio del nacimiento de Cristo se proclama, según el evangelista Lucas, como el anuncio de un gran gozo (Lc 2, 10) y según el evangelio de Juan, el gozo de Jesús permanecerá en los suyos, a fin de que su gozo sea completo (Jn 15, 11). Esto debido a que *“la venida de Cristo es la llegada del Reino de Dios y la primera reacción humana ante ella es la de un profundo gozo”*³⁸. Es así, que el nacimiento del Hijo de Dios fue causa de gozo y esperanza para muchos, entre ellos: su madre María; su prima Isabel, quien llama a María “bendita entre las mujeres” (Cfr Lc 1, 42) por el don de Dios; los pastores que presurosos viajaban a Belén para ver al niño; los ángeles que cantaban y glorificaban a Dios por el nacimiento del Redentor; Simeón, quien, alegrándose por haber visto al Salvador, confiesa que ese niño será luz para alumbrar a las naciones. Así la llegada de Jesucristo a éste mundo causó mucha expectativa en la gente sencilla, ya que era la llegada del Salvador. Y el Salvador se hizo humilde y pobre para que sencillos y ricos pudieran acudir a Él.

Durante su vida pública Jesús se dedicó al anuncio de la Buena Nueva y esto daba esperanza a muchos. El evangelista Lucas narra que Jesús fue caminando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea proclamando y anunciando la Buena Noticia del Reino de Dios (Lc. 8,1). Esta causa a la que Jesús se entrega totalmente: *“es el núcleo central de su predicación, su convicción más profunda y la pasión que anima toda su actividad”*³⁹. De ahí que todas sus acciones estén orientadas al servicio del Reino de su Padre. Sin embargo, para Jesús el anuncio del Reino no se reducía a una doctrina sino a un acontecimiento real que propone fe y esperanza para que todos lo acojan con gozo. Todo esto significa que la nueva esperanza, traída por Jesús, está relacionada íntimamente con el anuncio del Reino.

El anuncio del Reino se manifestaba en ciertas acciones tales como el perdón. Entonces, si consideramos a la salvación como perdón de los pecados, muchos hombres y mujeres que conocieron a Jesús fueron testigos de éste don ofrecido en su persona. Jesús anticipó esta realidad. Por ejemplo: la mujer adúltera a quien Jesús no la condenó, sino que le dio una nueva oportunidad para vivir integrándola a la comunidad; el paralítico, a quien, llamándolo hijo, le perdona los pecados públicamente. Para ambos y para muchos más,

³⁸ Moltmann, J., La Venida de Dios, Ed. Sígueme, Salamanca, 2004, p. 428

³⁹ Pagola, J., Jesús, Aproximación Histórica, Ed. PPC, Madrid, 2007, p. 88

Jesús se había convertido en motivo de esperanza frente a su realidad. Él, Dios y hombre, les había devuelto la vida, les había salvado.

También el anuncio del Reino, que traía esperanza, se concretó en múltiples acciones, muchas de ellas curaciones y liberaciones demoniacas. Las Escrituras nos revelan que durante su vida *“Jesús pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio, porque Dios estaba con él”* (Hch 10, 38). Los relatos de la curación del ciego Bartimeo, del criado del centurión, de los diez leprosos, del paralítico y muchos más, así como las distintas ocasiones en las que expulsa a los demonios, testifican la verdad dicha anteriormente.

Además si relacionamos el anuncio del Reino con la esperanza de salvación Jesús es el único que puede hacer posible estas dos realidades. Los primeros en pregustar esa esperanza salvífica serían sus discípulos quienes, congregados en la montaña, escuchaban del Maestro lo que conocemos como “el sermón del monte”; ellos auscultaron de labios de Jesús la promesa de una vida dichosa y junto con ella una recompensa grande en los cielos para quienes aquí han llorado y han sufrido males.

La vida pública del Señor Jesucristo dio paso a que sea visto como un profeta apasionado por una vida más digna para todos, como un profeta que buscó con todas sus fuerzas que Dios sea acogido y que su reinado de justicia y misericordia se vaya extendiendo con alegría en el mundo. Su intención, entonces, era contribuir por medio de sus palabras y milagros a que el Reino de Dios se anuncie y se implante cuanto antes; y con el Reino, también la vida, la justicia, la paz y la esperanza de salvación.

De esta manera podemos ver que la esperanza, en un primer momento, está relacionada con la irrupción del Reino de Dios y esta irrupción con la espera y el anhelo de paz y de salvación.

Así la esperanza de salvación se vislumbra ya a partir del anuncio del nacimiento, el nacimiento en sí y durante el ministerio público de Hijo de Dios. Está asociada, además, con el anuncio de la Buena Nueva y de los signos y prodigios que acompañaron ese anuncio. Ahora nos referiremos a la muerte y resurrección de Jesucristo.

Considerando sistemáticamente cómo Jesús es la única esperanza en la que todo hombre es salvado, hemos iniciado un recorrido que va desde el anuncio del nacimiento, el nacimiento y la vida pública de Jesús. En estos acontecimientos la persona de Jesús garantiza esta esperanza. Ahora vale la pena adentrarnos en dos episodios: la muerte y resurrección del Hijo del Hombre. Ambos hechos formaban parte del corazón del Kerigma primitivo de la primera comunidad cristiana; son Buena Nueva porque Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos y con esto el destino del hombre ya no es la muerte sino la vida junto a Dios. Hoy esta Buena Nueva esperanzadora lo es también para nosotros por el valor infinito que encierra.

La muerte de Jesús, en primer lugar, es una muerte por causa del pecado, ya que mataron a un inocente. Y al mismo tiempo la aceptación que Cristo hizo de su muerte fue por amor y así nos liberó del pecado. La muerte de Cristo termina con lo que nos divide y desintegra, vence a las tinieblas y nos saca de aquella condición que nos apartaba de Dios. Y es que, cargando con nuestros pecados, nos ha liberado del enemigo. Nuestra condición humana así lo testifica: todos, judíos y no judíos, estábamos bajo el pecado (Rm 3,9). Los hombres éramos incapaces de salir del pecado y las tinieblas, por tanto, todos necesitábamos ser salvados del pecado que engendra muerte. Frente a esta realidad, la misericordia y bondad de Dios, a pesar de nuestras infidelidades, se han hecho presentes reconciliándonos en Jesucristo. Todos estábamos sumergidos en la ley del pecado que nos separa de Dios pero en Jesucristo Dios nos ha reconciliado.

Pero también con su muerte Cristo se coloca por encima de la muerte y, por lo tanto, su muerte es una muerte redentora. La muerte, hasta entonces, era entendida como fruto del pecado y con razón, Cristo, al morir al pecado, la destruyó. Por ello, podemos afirmar con el teólogo Karl Rahner que: *“por la muerte de Cristo se abrió de un modo nuevo para el mundo entero aquella realidad espiritual que Él poseía desde el principio y actuaba en su vida, cuya consumación llegaría por la muerte”*⁴⁰. Que la muerte de Cristo sea redentora significa, también, que es la suprema revelación del amor de Dios. Desde la muerte del Hijo del hombre la muerte ha quedado sin el derecho que se había atribuido sobre el hombre, sin

⁴⁰ Rahner, K. *Sentido teológico de la muerte*, Ed. Herder., Barcelona, 1969, p. 71

ese terrible destino que acarreaba: la nada. Por eso, se ha de decir que su muerte también ha sido una manifestación solidaria con nosotros: *“reveladora del verdadero Dios”*⁴¹, del Dios que es amor.

A su vez es también pertinente decir que la victoria sobre el pecado obtenida por Cristo nos ha dado bienes mejores que los que nos quitó el pecado, pues *“donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”* (Rm 5,20). *“Por encima de ella, se desvela la potencia de Dios como promesa de Reino (vida) para el hombre”*⁴². Por tanto:

Al asumir la cruz, el sufrimiento y la muerte con Cristo, al asumir la tentación y la lucha por la obediencia corporal, y entregarse al dolor del amor, la fe como esperanza proclama el futuro de la resurrección, de la vida y de la justicia de Dios en la vida diaria del mundo⁴³.

2.2. EL AMOR DE DIOS MANIFESTADO EN JESUCRISTO ES LA FUENTE INAGOTABLE DE NUESTRA ESPERANZA

Ahora bien debemos referirnos a la resurrección de Jesucristo y resulta necesario afirmar que la resurrección de Jesucristo la manifestación de amor de Dios y a la vez constituye el paradigma de la esperanza cristiana ya que: *“el cristianismo depende íntegramente de que sea realidad que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos por eso la fe cristiana que no sea fe en la resurrección no puede ser llamada ni cristiana ni fe”*⁴⁴. Y creemos por la fe en Cristo que Él nos resucitará, pues la muerte no tiene la última palabra sobre la vida, sino sólo Dios que al Jesús crucificado lo resucitó de entre los muertos (Hch 2,24; 3, 15; 5, 31).

Siendo así: *“la resurrección de Cristo es también la victoria sobre el poder de la muerte y la manifestación de la vida imperecedera y eterna”*⁴⁵; es además: *“don de la vida plena y definitiva”*⁴⁶. *“A partir de ella se abre la vida divina y se comunica”*⁴⁷. Pero

⁴¹ Galeano, A. *Visión Cristiana de la Historia*, Bogotá, 2010, p. 191

⁴² Pikaza, X., *La figura de Jesús*, Ed. Verbo Divino, Navarra, 1992, p. 190

⁴³ Moltmann, J., *Teología de la Esperanza*, op. cit. p. 212

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 215

⁴⁵ Moltmann, J., *La Venida de Dios* op. cit. p. 428

⁴⁶ Cordovilla, A., *Gloria de Dios y salvación del hombre*, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1997, p. 137

también la resurrección victoriosa de Cristo (cfr. Rm 6, 1-11) nos dice que la muerte ha perdido su fuerza destructora universal, y es que el amor de Dios es más fuerte que la muerte. Por tanto: para el cristiano, la muerte ya no es un destino inevitable frente al cual uno no tiene otra salida más que la resignación sino que es un acontecimiento lleno de esperanza porque el cristiano así como muere en el Señor y para el Señor (cfr. 1 Tes 3,18; Rm 14,7-9) resucitará también en y por el Señor.

Además, la resurrección de Cristo constituye la esperanza imprescindible para todo hombre, porque en ella *“el Dios de las promesas de Israel se convierte en el Dios de todos los hombres”*⁴⁷. Por eso las Escrituras dicen: *“No hay judío ni griego, ni hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer”* (Gál 3, 28). Esto significa que para Dios todos somos iguales y que *“Jesús se convierte en la salvación de todos los hombres, judíos y gentiles”*⁴⁸. Entonces en Jesucristo Dios se reveló como Dios de todos los hombres y en él se da nuestra justificación.

Por eso la esperanza en la resurrección ocupa un lugar principal en la fe de las primeras comunidades cristianas; la misma que se dio a partir del encuentro con Jesucristo resucitado. Lo que piensan y creen es que todos resucitaremos como Él, con Él, por Él y que su resurrección ha abierto las puertas a todo hombre para el cumplimiento de su vocación primera: vivir con Dios. Con Él se ha restablecido definitivamente la suerte de todo hombre, debido a que: *“el hombre es superior a las cosas corporales”*⁴⁹, y está llamado a resucitar y se ha fortalecido la esperanza en una vida nueva junto a Dios. Sólo por Él podemos acceder a ese don.

A partir de la resurrección de Jesucristo la acción salvadora de Dios se revela como la máxima posible en las condiciones de la historia y esa máxima es también la nuestra. La resurrección revela: *“la presencia del Abbá de Jesús que nos permite ya estar seguros de que su grandeza es sólo amor, que su poder consiste sólo en ayudar; de suerte que de Él*

⁴⁷ Moltmann, J., *La Venida de Dios*, op. cit., p. 428

⁴⁸ Moltmann, J., *Teología de la Esperanza*, op. cit., p. 185

⁴⁹ Ídem

⁵⁰ Comisión Teológica Internacional, *Algunas cuestiones actuales de Escatología*, 1990, p. 12

sólo puede venirnos la vida”⁵¹. Se trata de un Padre que está volcado en nosotros con toda la fuerza y la actividad de su amor compasivo y liberador. Es Dios que está siempre con nosotros y que no cesa nunca de trabajar por nosotros (Jn 5, 17).

Por otra parte hay que decir que la resurrección de Cristo se convierte para el hombre en una realidad que le mueve a preguntarse sobre su propia existencia y le coloca ante la decisión de la fe. Esto quiere decir que: *“la resurrección nos interroga queramos o no”*⁵². A su vez la predicación sobre la resurrección está orientada a convencer al corazón y la conciencia en razón de que habla de Dios y de su acción realizada en Jesús, del mundo y del futuro. En último término la resurrección del crucificado se presenta como: *“una realidad que afecta a nuestra propia existencia”*⁵³:

La resurrección de Cristo ha de entenderse no como retorno a la vida en general, sino como superación del carácter mortal de esta muerte; como superación del abandono divino, como superación del juicio, de la maldición, como comienzo del cumplimiento de la vida prometida y ensalzada, es decir como superación de aquello que está muerto en la muerte, como negación de lo negativo, como negación de la negación de Dios⁵⁴.

Entonces: *“al comenzar a esperar en la victoria de la vida y a aguardar la resurrección el que se mantiene en la esperanza de la salvación, fundamentada en Cristo Jesús, percibe el carácter mortal de la muerte y no es ya capaz de contentarse con ella”*⁵⁵. *“La esperanza nacida de la cruz y de la resurrección transforma lo nulo, lo contradictorio y doloroso del mundo en su “todavía no”, y no permite que acabe en la “nada”*⁵⁶. Su resurrección nos habla del amor de Dios para con el hombre.

Sin embargo debemos decir que así como la resurrección de Jesucristo es muestra del amor de Dios así mismo lo fue su vida terrena. Su vida habla del amor de Dios. En otras palabras, el hecho mismo de que el Hijo de Dios se haga carne, que revele al Padre y que en Él seamos salvados, es la manifestación del infinito amor que Dios nos tiene. El amor de Dios, entonces, se manifiesta también como una esperanza real y cierta que sólo busca el bien y, al mismo tiempo, muestra a Dios como amigo de la vida.

⁵¹ Torres Queiruga, A., op. cit, p. 123

⁵² Bultmann, R., *KuM* 1, 50

⁵³ Bultmann, R., *ThLZ* 65, 1940, col. 245

⁵⁴ Moltmann, J., *Teología de la Esperanza* op. cit, p. 276

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 279

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 257

Con sus acciones Jesucristo mostró al Dios amigo de la vida. Para él la vida está antes que el cumplimiento de cualquier precepto: *“cuando curaba o expulsaba demonios Jesús entendió que es Dios quien está actuando con poder y misericordia, curando a los enfermos y defendiendo la vida de los desgraciados”*⁵⁷; era el amor de Dios, por tanto, lo que los curaba. Es Dios que ama y con su amor sana y restablece; incluso devuelve la paz. *“Según los evangelistas, Jesús despide a los enfermos y pecadores con este saludo: Vete en paz (Mc 5, 34; Lc 7, 50; 8, 48)”*⁵⁸. Es así que la esperanza es la certeza que proclama que Dios nos ama y siempre anhela nuestro bien.

Esto nos muestra que el Dios que Jesucristo nos reveló es amigo y maestro de la vida. Jesucristo es quien presenta, con autoridad, el amor como ley fundamental y decisiva. Este amor a Dios es fundamentalmente la aceptación de su amor y la respuesta a él y es un amor que se expresa, también, en el amor al prójimo. En este sentido el amor a Dios y al prójimo es la síntesis de la ley como mandato; no se encuentra en el mismo plano que los demás preceptos o perdido entre otras normas más o menos importantes. Por eso resulta que si un precepto no se deduce del amor o va contra el amor, queda vacío de sentido, no sirve para construir la vida como Dios la quiere. Entonces si Dios pide que se cumpla este mandamiento no es por imposición sino por un amor que busca la felicidad de los demás.

Para Jesús el amor a Dios y el amor al prójimo forman una *“indisoluble unidad”*⁵⁹. *“Fundamental importancia tiene la unidad de ambos preceptos. No existe amor a Dios sin amor al prójimo. Solo conjuntamente constituyen la recapitulación de la ley toda. Juntos son la quintaesencia, la suma, la encarnación de la existencia humana”*⁶⁰.

Ahora bien tomarse en serio esta unidad no significa dejar que el amor a Dios se agote en el amor al prójimo, algo que no podría por menos de terminar conduciendo a un humanismo unidimensional, carente por completo de amor a Dios y de relación con él. *“El amor al prójimo en la radicalidad en que Jesús lo formula es imposible sin la fuerza que*

⁵⁷ Pagola, J., Jesús, Aproximación Histórica, op. cit, p. 100

⁵⁸ Ibíd., p. 101

⁵⁹ Kasper, W., La misericordia, Clave del Evangelio y de la vida cristiana, Ed. SaltTerra, Santander 2013, p. 133

⁶⁰ Ídem

mana del amor a Dios”⁶¹. Dios es la fuente del amor porque su ser mismo es amor y sólo bebiendo su amor podemos amar verdaderamente al prójimo.

En consecuencia *“Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe adónde va, porque la oscuridad le ciega sus ojos”* (1 Jn 2, 10-11). *“Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente; pues si no ama al hermano suyo a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y el mandato que nos dio es que quien ama a Dios ame también a su hermano”* (1 Jn 4, 20s; cf. 1Jn, 4, 8.16) y ese amor no conoce límites.

El maestro de la vida enseña, también, que el amor no tiene límites. Y es que el amor del Padre es ilimitado, por esto, se puede decir que: *“Dios hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos”*⁶². En fin, el amor que Jesús vive es el amor incondicional que busca el bien de todos y no se restringe sólo a los que le son fieles. Por ello, justos y pecadores podemos esperar la salvación de parte de Dios. Se trata de un amor que no pone excusas ni se esquivo, sino todo lo contrario, es puro don y entrega generosa.

El corazón de Jesús, que es el de Dios mismo, puesto que es su Hijo único, nos muestra que el amor debe ser ilimitado para que venza las asperezas de la vida. Su concepción de amor trasciende los esquemas que a veces se pueden trazar. Nos referimos a las palabras con las que Jesús se refiere al amor a los enemigos. Eso es lo que Dios quiere. El amor al enemigo es el mejor camino que uno puede tomar para parecerse a Dios y es la mejor manera de ir destruyendo la enemistad en el mundo. Es una nueva actitud que atraviesa las barreras del odio, supera el resentimiento y es capaz de bendecir e incluso de hacer el bien.

El corazón de Dios, siempre bondadoso y fiel, fue capaz de entregar a su Hijo único para que el mundo viviera, para darle salvación. Si decimos que amar es pensar en el bien del otro, en hacer lo que es bueno para el o todo aquello que pueda contribuir para que viva mejor y de manera más digna, la salvación en Cristo da razón del bien que Dios Padre

⁶¹ Ídem

⁶² Fuente Q (Lc 6, 35; Mt 5, 45)

quiere para sus hijos. Y es que él nos ama tanto, que ofrece a todos, hombres y mujeres, una vida más digna en esta tierra y una futura vida gozosa que nos ha sido prometida.

Entonces: *“lo que define a Dios es su bondad y salvación”*⁶³. Es el Padre a quien siempre se puede volver sin temor alguno. Incluso, cuando ve llegar a su hijo hambriento y humillado, el padre corre a su encuentro, lo abraza, besa y grita su alegría a todo el mundo. No parece sentir necesidad de perdonarlo, sencillamente lo ama desde siempre y solo busca su felicidad. Este es el Dios de la vida que nos ama y nos salva para nuestra realización plena.

De lo expuesto hasta aquí, resulta saludable decir que la encarnación del Hijo de Dios es causa de esperanza para todo hombre. Y es que el Verbo se encarnó para salvarnos, reconciliándonos con Dios y revelándonos así el infinito amor y misericordia del Padre. Además el Hijo de Dios fue enviado como propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4, 9), para quitar los pecados (1Jn 3, 5). Es así que la necesidad de esta encarnación es explicada por san Gregorio de Nisa a partir de la condición en que se encontraba la naturaleza humana. Al respecto decía:

Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida, muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador, prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador⁶⁴.

A su vez el acontecimiento de la encarnación es motivo de gran esperanza, porque tiene como objetivo el conocimiento del amor de Dios. La primera carta de san Juan insiste mucho en que el amor consiste en que Dios envió al mundo a su Hijo único, *“manifestación suprema de su amor por nosotros”*⁶⁵, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16). Se trata, entonces, de ver en la encarnación la manifestación suprema de Dios, ya que por medio de ella muestra el amor que nos tiene. Entonces la esperanza de salvación resultará también ser la manifestación de su amor.

De esta manera la esperanza, que nace a partir del misterio de la encarnación, aguarda una nueva vida, libre de pecado, sana, restablecida. Esta esperanza también abre la

⁶³ Pagola, J., Jesús, Aproximación Histórica, op. cit p. 321

⁶⁴ Gregorio de Nisa, Oratio Catechetica. 15, PG 45, 48B, cit. in C.E.C n. 457.

⁶⁵ Papa Francisco, Carta Encíclica Lumen Fidei, n 15

posibilidad de que el hombre conozca la luz que ilumina su senda para discernir el bien del mal; así como también, inaugura un nuevo modelo, un modelo de santidad enraizado en el amor. No obstante, este modelo de santidad se hará realidad en la medida en que aceptemos su yugo, aprendamos de Él, le acogamos como camino, verdad y vida, y empecemos a escucharlo y a seguirlo.

2.3. EL TESTIMONIO DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS DE LA ÉPOCA DEL NUEVO TESTAMENTO COMO APORTE PARA FUNDAMENTAR LA ESPERANZA CRISTIANA

El presente apartado tiene como objetivo mostrar aquello que las primeras comunidades cristianas vivían y enseñaban desde un principio para fundamentar la esperanza de salvación concedida en Jesucristo. Para eso es necesario hacer un recorrido por los textos del Nuevo Testamento, ya que solo a partir de los testimonios que nos ofrecen dichos textos podemos determinar que aquellas vivencias y enseñanzas son fiables para todos los cristianos que creemos estar salvados en la esperanza.

Tanto para Pablo como para Juan lo que se vive en sus comunidades es la esperanza traída por Jesús, sin embargo, no pretenden que tal esperanza pueda o deba definirse exclusivamente con las palabras de la enseñanza histórica de Jesús. Aunque creen que entre Jesús y la esperanza de sus comunidades no hay ruptura, sino continuidad. La continuidad no la ponen en el mantenimiento de una enseñanza eterna, que Jesús hubiera impartido con sus expresas palabras desde el principio; la ponen en: *“la lógica con que la esperanza se sigue de la resurrección del crucificado y de la comunicación del Espíritu”*⁶⁶.

*“La primera carta a los Tesalonicenses, después del saludo inicial, comienza con una acción de gracias por la fe, la esperanza y la caridad”*⁶⁷. Esto se debe a que desde el principio, fuertes dificultades se hicieron sentir entre los primeros creyentes y por eso, surgió la experiencia de esperar en el Dios a quien daban gracias. La esperanza entonces se

⁶⁶ Tornos, A., *Escatología I*, UPCM, Madrid, 1989, p. 109

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 58

consideraba como una: *“bendición especial para caminar alegre, valerosa y fielmente en la vida”*⁶⁸. También se la entendió como algo que no falla porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Esta carta también presenta la: *“conexión entre la esperanza cristiana primitiva y la confianza en una venida inmediata o muy próxima de Jesús, en el esplendor de su poder, para poner fin al mundo y juzgarlo”*⁶⁹. Sería, entonces, una esperanza en la parusía. Sin embargo, a pesar de toda la argumentación, aun cuando se construye desde el convencimiento de que esa venida ocurrirá muy pronto, sitúa a ésta y a la esperanza en ella en un horizonte de fundamentación y cumplimiento que traspasa completamente los límites de esa próxima venida.

En relación a la fundamentación, la esperanza se encuentra en el: *“llamamiento de Dios a tener parte en su reino y gloria”*⁷⁰ (1 Tes 2,12). Ahora, gloria quiere decir: *“Dios mismo revelado en su majestad, su poder, la virtualidad de su ser; aquello de que tienen necesidad los hombres para superar su injusticia (cfr. Rom 3,23), así como aquello que Dios comunica libremente por su propia bondad y gracia”*⁷¹. Esto es lo que realmente puede dar solidez a toda esperanza, por eso Pablo termina su epístola pidiendo que esa gracia se conceda a todos los destinatarios de esta carta.

En cuanto a la carta a los Corintios se debe decir que el uso del sustantivo esperanza (elpís) y del verbo esperar (elpídso) no es frecuente. El nominativo se usa en dos ocasiones para expresar que es necesaria la esperanza a quien siembra y trilla, como lo es para el apóstol (1 Cor 9,10). En cuanto al verbo sólo se usa una vez literalmente (1 Cor 15,19) para recalcar que el esperar cristiano no puede reducirse a esta vida. Por otra parte en 1 Cor 1,7 la expresión *la espera está en vez de la esperanza*. Esto se refiere a que los carismas con los que hemos sido enriquecidos tienen una función en el presente, pero quedan orientados y sometidos a la manifestación última de Jesucristo cuando llegue su día.

⁶⁸ Ídem

⁶⁹ Ídem

⁷⁰ Ibíd., p. 59

⁷¹ Ídem

En efecto, lo que se espera es la manifestación de Jesús en poder o en el día del Señor. Es un momento en que se muestra lo que cada uno es (1 Cor 1,8; 3, 13; 5, 5) y se empieza a participar corporal y plenamente de su resurrección (1 Cor 15,23). No obstante, no es en este día la salvación misma esperada, sino es más bien el final del caminar que da paso a la plenitud esperada, consistente en que Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 38). La parusía es más el juicio que la salvación y ni siquiera es el momento único en que ésta se decide; tal momento está ya siempre presente en el caminar de cada día (1 Cor 9, 24-10, 24).

En la segunda carta a los Corintios la esperanza y el esperar se relacionan con el ministerio de la proclamación de la fe. La esperanza, así, está relacionada con Dios, con la perseverancia en el evangelio y, por último, con la consolidación de la fe para la plena manifestación de Dios. En resumen, la esperanza se dirige a: *“un estar con Cristo que vence a la muerte y realiza la justicia y el ser de Dios en nosotros. Esta esperanza no excluye los sufrimientos, oscuridades, contrariedades de la vida, sino que triunfa de ellos”*⁷².

Por otra parte, en la carta a los Romanos están presentes dos cuestiones: *“la relación entre esperanza y promesas de Dios para la historia y la relación entre esperanza y justicia”*⁷³. Ambos temas están estrechamente unidos para Pablo, que se concentra en el tema de la justificación por la fe. Dice que gracias al triunfo de la misericordia de Dios se manifiesta todo lo que los hombres pueden esperar de Dios en la historia. Por eso, la mejor alternativa que ve Pablo en la humanidad que busca lograrse es la confianza y la elección prometida a Abraham y revelada en Jesucristo. Esto es la vida, entendida como “salida de la muerte” (Rom 4, 15. 17) porque: *“Dios tiene el poder de resucitar a los muertos y de llamar al ser a lo que no existe”*⁷⁴.

Esto es posible con la entrada en una lógica de libertad, en la cual toda gloria y justicia es de Dios, percibiéndose el cumplimiento sin el recurso de medirlo con normas de ley alguna, sino gracias a la esperanza brotada de Cristo (Rom capítulos 4-5), pues: *“la*

⁷² Ibíd., p. 63

⁷³ Ídem

⁷⁴ Moltmann, J., *Teología de la Esperanza*, op.cit., p. 189

resurrección no ha tenido lugar en alguien fiel a la ley, sino en el crucificado, y por ello la resurrección futura no hay que esperarla de la obediencia a la ley, sino de la justificación del pecador y de la fe en Cristo”⁷⁵. De tal modo que:

Así como para Pablo la justificación del impío y la vida basada en la resurrección de entre los muertos son dos cosas que van unidas, así también van juntas para él la justicia de la fe y la puesta en vigor, en la resurrección de Cristo, de la promesa⁷⁶.

A partir de esto Pablo dirá: *“ahora estamos en paz con Dios por obra de nuestro Señor Jesucristo, pues por él tenemos entrada a ésta situación de gracia en que nos encontramos y estamos orgullosos con la esperanza de alcanzar la salvación de Dios”* (Rom 5,1-2. 5-8). Esto en razón de que: *“Jesús no sólo revela la única salvación escatológica, sino que garantiza la realización de esa salvación”*⁷⁷. Más adelante dirá: *“aún estamos también orgullosos de las dificultades, sabiendo que la dificultad produce entereza; la entereza, calidad; la calidad, esperanza; y esa esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado”* (Rom 5, 1-5).

En el contexto de Romanos 5, la acción de la infusión del Espíritu en el corazón es la base para la esperanza cristiana. *“En la fuerza del Espíritu que resucitó a Cristo de entre los muertos, los bautizados pueden tomar sobre sí, en obediencia, el sufrimiento de la imitación, y aguardar precisamente en ello la gloria futura”*⁷⁸. Y es que: *“Cristo resucitó y fue arrebatado de la muerte, pero los suyos no han sido aún sacados de ésta; únicamente a través de su esperanza obtienen aquí participación en la vida de resurrección”*⁷⁹. Entonces la resurrección está presente en la esperanza y en la promesa divina.

Así, la esperanza de la humanidad toma forma porque Dios la convoca a través del pueblo judío a un futuro de salvación total y porque Dios se compromete mediante sus promesas con ese futuro. Sin embargo, hay que decir que la esperanza de los cristianos incluye algo más: es fuerte y gozosa (Rom 12, 12) porque en el caminar de Jesús

⁷⁵ Ibíd., p. 253

⁷⁶ Ibíd., p. 190

⁷⁷ Ibíd., p. 193

⁷⁸ Ibíd., p. 209

⁷⁹ Ídem

crucificado y resucitado se ha mostrado que ella puede cumplirse y cómo se cumple. Su vida plenifica nuestra vida pues nos muestra quien es el hombre verdadero y esto es fuente de alegría.

En conclusión podríamos decir que la justicia de Dios, manifestada en Jesús, acota un campo muy particular para la esperanza en que nos introduce el evangelio. Las promesas y la bondad de Dios fundamentan un futuro que no se concibe sin el avance y la realización de la justicia. Además, la realización de la justicia, sin la cual no se concibe una esperanza digna de este nombre, es la realización de la justicia de Dios, no la realización de justicias medibles por ley alguna. Y la justicia se produce por la entrega de fe al evangelio y por el seguimiento de Jesús y la libertad frente al pecado que la fe genera. Entonces: *“el seguimiento de Jesús y la entrega de la fe son el camino de la esperanza cristiana y, la realización de la esperanza, que es triunfo de la justicia de Dios, implica una vida nueva en Cristo”*⁸⁰.

La doctrina de la esperanza, transmitida por Pablo, es siempre doctrina aportada por el misterio de la encarnación-resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Pero Pablo también diserta sobre una esperanza con marcos de referencia pertenecientes al presente de la vida diaria y no a la culminación apocalíptica del mundo. En ese presente lo ocurrido con Jesús es lo que aporta esperanza a los que sufren, mueren. Él es el que da el Espíritu, el que ha inaugurado una nueva época de la historia y aquél en quien se vive en camino hacia el pleno cumplimiento.

La carta a los Hebreos se trata de una exhortación que tiene la intención de reavivar la fe y la esperanza. La exhortación, que parte del Salmo 95, invita a que quien pertenece a la comunidad de la fe, llamada y convocada por Dios para el cumplimiento de las promesas, ha de vivir la fuerza gozosa de la esperanza (Hb 3, 7-4,11). Se trata de cristianos de segunda generación que han pasado los entusiasmos del primer amor, de los tiempos inmediatos a la conversión y al bautismo y se vislumbra en ellos una amenaza de negligencia, descuido, indiferencia y abandono.

⁸⁰ Tornos, A., *Escatología I*, op.cit., p. 67

Se refiere entonces a un desafío al que deben enfrentar, desafío que lleva por nombre incredulidad o falta de fe. Y es que: *“los creyentes se muestran temerosos, avergonzados, acaso, de su fe ante los que los rodean”*⁸¹. Aquellos carecen de ánimo y motivaciones para perseverar en el camino de la salvación. Existe también un cierto quietismo y conformismo con lo que tienen, y esto puede provocar frialdad y un retroceso en la fe y en la esperanza.

Por otro lado, subraya la fuerza de la esperanza para triunfar ante las tentaciones y las contradicciones (Hb 6, 11-12; Rom 5, 3-4; 2 Cor 3, 12), esto gracias a la fe en Dios y en sus promesas (Heb 6, 13-19). *“Con ello se recalca que la esperanza se basa en la fe y no en nuestra justicia”*⁸². El texto pone a Abrahán como ejemplo de la perseverancia por la que se alcanza la promesa. La tensa esperanza del patriarca le llevó a ver realizado lo que Dios le había prometido solemnemente.

En los versículos del 6 al 20 del capítulo 6 se muestra que la esperanza cristiana no es una esperanza a la deriva, sin saber quién la sostiene ni a dónde conduce. Lo que realmente le da valor es la palabra y el juramento de Dios (Hb 6, 14). Aunque también: *“existe otra firmísima garantía: el hecho que Jesús ha entrado ya en el santuario”*⁸³, en calidad de sumo sacerdote para siempre a la manera de Melquisedec (Hb 6, 20). *“Esta certeza nos proporciona una firme seguridad pues no andamos a la deriva sin saber a dónde vamos a ir a parar”*⁸⁴.

En el evangelio de Juan y en sus cartas se promete salvación a quien se atiene a Cristo (Jn 3, 35) y a quien vive en él y de él (Jn 15, 14). Al final de Jn 3, 35ss el evangelista hace una síntesis perfecta del diálogo entre Jesús y Nicodemo: el Padre ama al Hijo, como lo demuestra el poder que le ha conferido (Jn 10, 17ss; 15, 9ss) para dar la vida eterna (Jn 17, 2) a los que creen en él. Lo importante es que el hombre acepte a Jesús por medio de la fe como manifestación y don del amor de Dios. De esa manera entra en relación con Dios y esto le llevará, indiscutiblemente, a la plena participación de la vida de Dios.

⁸¹ Comentario al Nuevo Testamento, La Casa de la Biblia, Séptima Edición, España, 1995, p. 624

⁸² Tornos, A., *Escatología I*, o.c., p. 69

⁸³ Comentario al Nuevo Testamento, op. cit, p. 1828

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 628

A su vez, para Juan, la esperanza se cumple en quien escucha la palabra de Jesús, porque quien la escucha tiene ya vida eterna (Jn 5, 24). Entonces, resulta necesario decir que lo que importa es el anuncio de Cristo mismo a todo el mundo (1 Jn 1, 1-3). En este sentido la esperanza que tienen los cristianos para Juan es la esperanza aportada por Jesús y no otra.

A partir de esto, podemos decir que la esperanza y la vida esperanzada se presentan en el Nuevo Testamento como un aspecto esencialmente unido a la acogida del evangelio; más aún, la esperanza se enumera, junto a la entrega de la fe a Dios y junto al amor al prójimo, como lo más esencial de una vida inspirada en el Evangelio.

Entonces:

La esperanza en las antiguas comunidades cristianas era algo que se consideraba unido a la obediencia de la fe y a la práctica del amor a los hermanos, en todos aquellos que hubieran acogido el evangelio. Además, el fundamento de esa actitud de esperar se depositaba en el hecho que presenta el evangelio en cuanto a la llegada con Jesús de tiempos nuevos, en los cuales una especial cercanía de Dios se hacía presente mediante los grandes signos ocurridos en el mismo Jesús, en su resurrección de modo especial, y mediante el llamamiento de todas las naciones a tener parte en el destino, en el reino y gloria de él, llamamiento confirmado con la comunicación de los dones del Espíritu⁸⁵.

Tanto para Pablo como para Juan, lo ocurrido con Jesús es lo que debe darnos esperanza. Ambos aducen hechos pertenecientes a Jesús: que él murió y resucitó, que él está constituido por Dios en la dignidad de Hijo; que por él se ha dado el Espíritu y que con él han empezado tiempos definitivamente nuevos. Y es que: *“la esperanza nacida de la cruz y de la resurrección transforma lo nulo, lo contradictorio y doloroso del mundo en su todavía no, y no permite que acabe en la nada”*⁸⁶.

A partir de todo lo dicho es necesario decir que Dios al resucitar a su Hijo le habría constituido como su piedra angular, como su bendecido y como su Unigénito. Por lo tanto, en Él Dios recapitula la plenitud de sus manifestaciones y de su actuar libre y salvador ante toda la humanidad frente a todas las posibilidades del curso de la historia.

⁸⁵ Tornos, A., *Escatología I*, op. cit p. 76

⁸⁶ Moltmann, J., *Teología de la Esperanza*, op. cit, p. 257

CAPÍTULO III

LA ESPERANZA ECLESIAL: CREER, VIVIR Y CELEBRAR

El presente capítulo tiene como finalidad mostrar aquello en lo que la Iglesia de Jesucristo espera y cree; lo que la Iglesia vive para ejercitar esa espera mientras peregrina en este mundo y lo que la Iglesia celebra hasta la plena realización de esa esperanza. Entonces: creer, vivir y celebrar son las directrices que orientan la Esperanza Eclesial centrada en Jesucristo y por ende ocupan un lugar importante en el anuncio de la Buena Nueva, que es la misión de la Iglesia.

3.1. CREER: DIOS SE INTERESA POR NOSOTROS

En el presente apartado se desarrollarán una serie de consecuencias que todo bautizado, que cree que Dios se interesa por él, debe asumir para que esa espera sea gozosa, fiel y perseverante.

A partir de lo expuesto en el capítulo anterior, resulta necesario decir, en primer lugar, que *“la redención por Cristo es todo el fundamento de nuestra esperanza”*⁸⁷, por lo tanto, es el fundamento de la esperanza eclesial. Al amarnos y redimirnos con su sangre, el Señor Jesús nos ha comprado para Dios, para que vivamos para Él. En razón de esto, decimos, como está escrito, que *“Cristo es nuestra única esperanza”* (1Tim 1,1). Él es el único mediador entre Dios y los hombres, por eso, la invitación a depositar la fe y la esperanza en su persona se nos presenta como el único camino verdadero.

El hecho de que Cristo sea la única esperanza para todos los creyentes y hombres de buena voluntad significa que sin Él nada podríamos esperar; sin Cristo, Cabeza de la Iglesia, y sin Él vana es nuestra fe y nuestra esperanza. Por Él las cadenas que nos esclavizaban al pecado han sido quebrantadas y hemos sido librados de caer en el abismo de la desesperación. Es Jesús el único que ha podido librar, romper y destruir todo lo que

⁸⁷ Häring, B., *La Ley de Cristo I*, Ed. Herder, Barcelona, p.642

conduce al pecado y, por tanto, a la desesperación. Así también, es el único quien realmente nos libra del mal. El salmo 29 expresa esta realidad e incluso brota el deseo de ensalzar a Dios por la gracia concedida: *“Yo te alabo Señor, porque me has librado, no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, Dios mío, a ti grité y me sanaste; tú Señor, me libraste del abismo, me reanimaste cuando estaba a punto de morir”* (Sal 29, 2-4).

También hay que decir que al haber sido reconciliados en Cristo se nos ha revelado que somos capaces de participar de su vida. Esto significa que, por Cristo, la amistad con Dios, que había sido quebrantada, ha quedado restablecida. Así sale a la luz el rostro de un Dios misericordioso, de un Dios que es amor que se alegra cuando tiene a sus hijos y amigos en casa. Y, puesto que Dios no quiere que ninguno se pierda o se aleje, Él mismo invita a entrar en su vida y a participar de su gloria. Por la reconciliación en Cristo, entonces, también se ha recobrado el sentido de la existencia, pues al ser reconciliados, nos descubrimos como quienes procedemos de Dios y como quienes a Él debemos retornar. Esto es lo que esperamos.

Otra consecuencia importante es que: *“Cristo al identificarse con el hombre lo asoció a su destino”*⁸⁸. De tal manera que el destino de Jesús es también el destino de cada hombre y de su Iglesia. Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, sometido a la condición humana menos en el pecado, ha destruido, desde dentro de esa condición humana, nuestra impotencia, abriendo la posibilidad de una realización infinita. En otras palabras: Jesús al redimir al hombre permite que a éste se le abran las puertas del cielo. Entonces, por Cristo todos podemos esperar con seguridad la morada preparada por Dios, ya que: *“el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios”*⁸⁹. Nuestro destino entonces es estar junto a Dios, vivir en su morada y gozar de su amor.

De lo dicho arriba se desprende claramente que: *“Cristo es la gloria del hombre”*⁹⁰ y por consiguiente es también la gloria de su Iglesia. San Pablo dice a los habitantes de Colosas: *“Cristo en vosotros es la esperanza de la gloria pues nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; cuando aparezca Cristo, nuestra vida, entonces apareceréis gloriosos*

⁸⁸ Moltmann, J., *Teología de la Esperanza*, op. cit., p. 177

⁸⁹ San Atanasio de Alejandría, *De Incarnatione*, 54, 3: PG 25, 192 B

⁹⁰ Cordovilla, A., *Gloria de Dios y salvación del hombre*, op. cit, p. 184

con Él” (Col 1,27; 3, 4). Por eso, puesto que nuestras vidas están escondidas en Cristo, podemos decir que la gloria de Cristo es nuestra esperanza de gloria, de salvación plena o de participación en la gloria de Dios. El salmo 73 muestra esta confianza de salvación y la esperanza gloriosa: “*me guías según tus planes y me llevas a un destino glorioso*”. Así es como el pueblo de Dios le abre el corazón y aguarda su gloria.

Ahora, “*la gloria de Dios no es otra cosa que lo que el apóstol Pablo dice con la fórmula ser con Cristo pero en la forma de existencia definitiva*”⁹¹. La gloria de Dios es vivir por siempre para Dios; a eso estamos llamados. Por esta razón, quienes procuran ser con Cristo en esta vida, cristianos y personas de buena voluntad, pueden decir ya desde aquí, como san Pablo: “*no soy yo sino que es Cristo el que vive en mí*” (Gal 2, 20). En otras palabras: la gloria de Dios habita en quien es de Cristo plenamente. Y plenamente de Cristo es: “*el creyente que es transformado por el Amor y que, al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo*”⁹².

Entonces, lo que en realidad esperamos es la plenitud de la vida que se realiza uniéndose uno a Jesús en vida y muerte (1 Tes 4,17). Sólo de esta manera: “*Dios vence todos nuestros males*”⁹³, plenifica nuestra vida y reina en la existencia presente así como también en la futura, que es la que nos ofrece.

Por otro lado, confesar a Cristo como nuestra esperanza de salvación significa también que es a Cristo a quien debemos los méritos sobrenaturales que podemos esperar. Por tanto, es el Hijo de Dios el que nos ha hecho merecedores de esta gracia. El hombre no es capaz de salvarse por sí mismo sino que lo salva un Dios que ama sin medida, que es fiel y generoso. Por tanto, el hombre no puede garantizar la salvación, pues el único que la garantiza es el Hijo del hombre por voluntad del Padre y en el Espíritu Santo. De tal manera, la Iglesia goza de la esperanza en los méritos sobrenaturales que vienen de su Cabeza y que están en favor del Cuerpo.

⁹¹ Ídem

⁹² Papa Francisco, *Carta Encíclica Lumen Fidei*, n. 32

⁹³ Tornos, A., *Escatología I.*, op. cit, p. 70

La premisa anterior significa también que esos méritos sobrenaturales son ofrecidos a todos. Por lo tanto, justos y pecadores necesitamos esperar en Cristo, que nos quiere salvar y conducir a la felicidad eterna. Podemos esperar en Cristo porque: “*Él no hace distinción de personas*” (Ef 6, 9) sino que todos somos iguales. Necesitamos esperar en Cristo porque Dios es nuestro Abbá, quien ha constituido a Jesucristo como el Mesías, como el Salvador, como el esperado por todos, y porque “*Abbá*”, *Padre, es la palabra más característica de la experiencia de Jesús, que se convierte en el núcleo de la esperanza cristiana*”⁹⁴. Tenemos un “Papito” que es amor, cuyo Hijo es quien dirige nuestras vidas con justicia y rectitud porque él es el camino, la verdad y la vida.

No obstante, el hecho de esperar la salvación en Jesucristo implica que para que esta esperanza sea legítima se abandona cualquier otra. El creyente que abraza con todo su ser la esperanza ofrecida en Cristo se despoja de toda esperanza que quiera ocupar el lugar que corresponde a la que viene de Dios. Apartarse de toda esperanza, y que no permanezca más que la divina, significa vaciar el corazón para que el Señor viva en él. Se trata, por tanto, de un abandono de las seguridades de cada uno para aceptar enteramente las seguridades que Dios ha prometido y de las cuales la Iglesia da testimonio.

Entre las promesas de Dios se presenta aquella en la que: “*Jesús ofrece a los hombres un banquete escatológico de hartura compartida*”⁹⁵. Él, tras haber reconciliado y unido el cielo y la tierra, invita a las bodas de un amor universal: amor que viene del ser de Dios y que por tanto nunca se termina. Entonces, este banquete escatológico es un banquete de amor. Y, como el amor exige justicia y misericordia, esperamos que también sea un banquete de justicia y misericordia. Jesús habla de la ciudad nueva que llega en plenitud y justicia para todos los perdidos y pequeños de la tierra, esto implica que Él hará justicia y tendrá misericordia.

Sin embargo, la Iglesia se pone en camino desde aquí hacia el banquete celestial cuando celebra la Eucaristía, porque se trata de la anticipación del banquete de bodas del

⁹⁴ Papa Francisco, *Carta Encíclica Lumen Fidei*, n. 19

⁹⁵ Pikaza, X., *La figura de Jesús*, Verbo Divino, Pamplona, 1992, p. 190

Cordero (Ap. 19, 9) en la Jerusalén celestial. Y, como lo señala el catecismo de la Iglesia Católica:

De celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús “hasta que venga” (1 Co 11, 26), el pueblo de Dios peregrinante “camina por la senda estrecha de la cruz” (AG 1) hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino⁹⁶.

Este banquete también se hace presente en este mundo en la medida en que la Iglesia hace presente el amor, la justicia y la misericordia divina a los hombres. Podemos decir todo esto, debido a que Dios anhela que todos permanezcan en Él. Así se muestra que Dios quiere donarse al hombre; este donarse y compartirse plenifica al ser humano y es garantía de la vida divina. Más adelante dedicaremos un apartado a la relación entre el banquete pascual y la esperanza eclesial.

Además, mientras aguardamos la salvación en Cristo, debemos tener presente que frente a los padecimientos y tristezas de los creyentes y de las personas de buena voluntad, hay Alguien que nos es cercano y que se solidariza ante estas circunstancias, ese Alguien es Dios. No estamos solos, Dios nunca nos ha abandonado. En la vida de Jesús se refleja claramente la actitud de Dios respecto al dolor del hombre, frente al dolor de sus hijos. Desde el comienzo, la vida de Jesús se sitúa en lo más bajo del espacio social, allí donde confluyen todos los arroyos de la miseria humana: los pobres de pan y de cultura, los enfermos de cuerpo y de espíritu, los depreciados por la religión y por la sociedad. Dios tiene un especial cariño por ellos.

*“Jesús está, de modo incondicional, al lado de las víctimas frente al mal que les oprime”*⁹⁷. Esto es también motivo de esperanza. Su vida, como nos relatan los evangelistas, es, por esencia, oposición a las fuerzas del mal. Esto hace que tomemos conciencia que Dios no quiere el mal para nadie sino sólo y únicamente el bien. De allí que a pesar que existan persecuciones, sufrimientos, y contrariedades por su causa, no podemos olvidar que Dios está con nosotros hasta el fin de los tiempos y que por tanto Él es nuestra esperanza.

⁹⁶ C.E.C. n. 1344

⁹⁷ Torres Q., A, *Esperanza a pesar del mal.*, op. cit, p. 126

Cuando depositamos la fe y la esperanza de salvación en Jesucristo, a pesar de que exista dolor y sufrimiento, somos capaces de gozar de una paz real. Dios nos da la paz, así lo testifica Pablo: *“quienes mediante la fe estamos recibiendo la salvación, vivimos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (Rom 5, 1). La fe en su persona hace que la vida sea diferente, hace que podamos llegar a ser instrumentos de paz con nosotros mismos y con los demás. Por eso urge a la Iglesia ser en todo momento una comunidad y una familia de paz para tantos hombres que no la tienen.

No obstante, hay que decir que la paz plena será posible cuando conozcamos y vivamos junto a Dios, ésta es nuestra meta. Se ha dicho que Cristo nos ha concedido esta gracia. Y es que Cristo, como nos menciona el evangelista Juan, al ser el camino, la verdad y la vida, nos conduce hacia el Padre, a: *“conocer al Dios vivo, al Dios verdadero”*⁹⁸, que es la fuente de la paz.

Este conocimiento, visión y vida junto a Dios manifiesta realmente quién es el hombre, es más, manifiesta plenamente el sentido de su vida, en razón que, sólo frente a un Otro que es distinto de él, el hombre es capaz de alcanzar su propia verdad. Un Otro nos dice quienes realmente somos, por eso, la vida junto a Dios y el conocimiento de la divinidad es la meta de hombres y mujeres, allí se nos revela completamente nuestra naturaleza y se nos descubre el don infinito de Dios y de su paz.

Todo lo expuesto exige mantenernos personal y comunitariamente en la esperanza, porque ella fortalece (Rom 5,3) y alegra (Rom 12,12; Heb 3,6). Es saludable que esta virtud teologal permanezca en medio de los creyentes, en medio de la Iglesia, porque es una promesa de Dios que ayuda a nutrir las relaciones interpersonales y a estar preparados con las lámparas encendidas para recibir a Dios. Por el contrario, estar sin ella es como estar sin Dios, porque Dios es esperanza para la humanidad. Lo lógico es dar gracias por ella (1 Tes 1,2-3), pues en la fuerza de ella uno vive ya como consumadamente salvado (Rom 8,24).

Hasta aquí han sido desarrolladas algunas consecuencias que tocan la fe y la vida de todos los creyentes y personas de buena voluntad, quienes conformamos la Iglesia

⁹⁸ Papa Benedicto XVI, *Carta Encíclica “Spe Salvi”*, n. 3

peregrina y aguardamos la esperanza de salvación en Jesucristo. Ahora, es pertinente analizar cómo a nivel eclesial esa esperanza se ejercita. Para ello se ha de reflexionar desde algunos lugares donde esta esperanza puede madurar.

3.2. VIVIR: UNA COMUNIDAD QUE PRACTICA LA ESPERANZA

La esperanza de salvación, fundada en Jesucristo, se aprende y ejercita de diversos modos y circunstancias a lo largo de la vida. Para todo cristiano la oración, el actuar y el sufrir, así como la reflexión en torno al juicio último, constituyen lugares privilegiados para el ejercicio y el aprendizaje de la esperanza.

El cristiano espera la nueva vida garantizada en Cristo, la vida junto a Dios. Jesús nos enseña que esta espera debemos madurarla, ya que se nos ha sido como un don que debe crecer. Nuestro deber, entonces, es cultivarla y desarrollarla en el aquí, en el presente de nuestras vidas. Siendo así que se trata de una esperanza que se aprende y se ejercita. Por eso la oración, el binomio actuar-sufrir, así como también la reflexión sobre la muerte y el juicio son elementos en los cuales la esperanza encuentra el espacio que buscamos para su crecimiento y fecundidad.

El Hijo de Dios nos enseñó que la oración es tan necesaria para nuestra vida porque en ella Dios se comunica con nosotros y nosotros escuchamos y respondemos. En ella el Padre nos habla. A partir de esto hay que decir que la oración: *“en la nueva Alianza, es la relación viva de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo. Es comunión con Cristo y se extiende por la Iglesia que es su Cuerpo”*⁹⁹, en el Espíritu Santo. Por esta razón, podemos decir con certeza, que la oración, en cuanto comunicación de Dios con nosotros y de nosotros con Dios, anima y vivifica a la Iglesia y a sus miembros. Entonces, la oración mantiene firme la comunión del ser humano con la Trinidad y con la Iglesia.

⁹⁹ C.E.C, n. 2565

A su vez, por ella no nos sentimos totalmente solos. El papa Benedicto XVI dice: “*En ella sé que cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha*”¹⁰⁰. En última instancia, en la oración Él es quien puede escuchar y ayudar. Por medio de aquella, Dios escucha al hombre que se siente sólo y ayuda a quien le abre el corazón. Ahora bien, esto significa que Dios acompaña a su criatura, es cercano a ella y no la deja sola. En fin, “*el que reza nunca está totalmente sólo*”¹⁰¹; por ella se escucha a Dios y se le puede hablar. Este diálogo profundo constituye el alimento diario para nuestra esperanza.

San Agustín ilustró de forma muy bella la relación íntima entre oración y esperanza en una homilía sobre la primera carta de san Juan. El definió la oración como un ejercicio del deseo. Es el deseo de Dios, de vivir con Él, pues el hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él¹⁰².

El Salmo 62, expresa este deseo: “*Oh Dios, tú eres mi Dios, desde el amanecer te deseo; estoy sediento de ti*”. La oración, entonces, fortalece el deseo que el hombre tiene de Dios.

A su vez, el deseo de ver a Dios cara a cara y de vivir con Él para siempre hace que tomemos en cuenta el origen y el fin del hombre, es decir, Dios. En otras palabras, a través de la oración se nos descubre que existimos y vivimos para Dios, así como también se nos muestra que somos capaces de Él, de su amor. Entonces nuestro deber consiste en vivir para Él y en transmitir gozosamente esta esperanza a los demás en calidad de “*ministros de la esperanza*”¹⁰³ ya que “*en sentido cristiano la esperanza es siempre esperanza para los demás*”¹⁰⁴, puesto que somos miembros de la comunidad humana.

Por eso la oración no es intimista ni consiste en salir de la historia, tiene un sentido comunitario e inserta al orante en el mundo y en la historia. El modo correcto de orar es un proceso de purificación interior que nos abre y nos hace capaces para Dios y también para los demás e inicia aquí, en el hoy de nuestra historia. La oración, por tanto, exige un compromiso con Dios y con el prójimo. Así, cada vez que se reza la oración del Señor, el Padre Nuestro, además de que: “*el cristiano aprende a compartir la misma experiencia*

¹⁰⁰ Papa Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, n. 32

¹⁰¹ Ídem

¹⁰² Ibíd., n. 33

¹⁰³ Ibíd., n. 34

¹⁰⁴ Ídem

espiritual de Cristo y comienza a ver con los ojos de Cristo”¹⁰⁵, aguarda la esperanza del Reino futuro y ruega constantemente que ese reino de solidaridad, de justicia y amor empiece a manifestarse en nuestro mundo.

Por otro lado, Jesucristo nos enseñó que la oración no conoce de horarios si se trata de dialogar y descubrir la presencia amorosa de Dios. En ella aprendemos a ser pacientes y a esperar con alegría la voluntad de Dios. Además concede perseverancia en los momentos de angustia, tristeza o de alegría. La oración en el Huerto de Getsemaní testifica esta realidad. En este episodio se manifiesta que a pesar de la angustia, el amor es el motor que supera toda prueba y abre la puerta a la alegría. La oración es, por tanto: “*un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría*”¹⁰⁶.

Por todo lo expuesto la oración alimenta y ejercita nuestra esperanza. Una vez vista la oración como alimento de la esperanza cristiana, es menester analizar el actuar y el sufrir humano como lugares fecundos para la esperanza cristiana. Esto ya que:

El dominio venidero del Cristo resucitado es algo que no se puede esperar y aguardar únicamente. Esta esperanza y esta expectación imprimen su sello también a la vida, el obrar y el sufrir en la sociedad. Por ello la misión no significa tan sólo propagación de la fe y de la esperanza, sino también modificación histórica de la vida¹⁰⁷.

“*Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto*”¹⁰⁸. A través de la actuación cristiana tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, los deseos de enfrentar los problemas y todo esfuerzo personal y comunitario, para que el mundo llegue a ser más humano. Sin embargo, esta actuación debe tener presente que:

Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar¹⁰⁹.

A partir de esto el creyente está llamado a descubrir la acción de Dios en la vida de cada uno, además de su compañía que protege. Esto es lo que en última instancia despierta,

¹⁰⁵ Papa Francisco, Carta Encíclica *Lumen Fidei*, n. 46

¹⁰⁶ Santa Teresa del Niño Jesús, ms. autob. C 25 r

¹⁰⁷ Moltmann. J., Teología de la Esperanza, op. cit., p. 425

¹⁰⁸ Papa Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, n. 35

¹⁰⁹ Ídem

motiva, alegre y llena de esperanza al creyente, a la Iglesia. Y es que para Dios, lo que sucede con el ser humano no es algo que carece de importancia o de sentido, al contrario, le importa mucho puesto que vive entre nosotros (cfr Mt 28, 20) y: “*nos busca constantemente para que lo descubramos*”¹¹⁰. Por tanto, se ha de decir que Dios acompaña y es cercano en nuestros actos porque nos ama.

En consecuencia: “*nuestro obrar no es indiferente ante Dios, ni tampoco para el desarrollo de la historia*”¹¹¹. Lo que hacemos o dejamos de hacer importa a Dios, a nosotros y al mundo. De allí que lo mucho o lo poco que hagamos puede contribuir y animar nuestras vidas en la medida en que todas esas acciones estén fundamentadas en las promesas de Dios. Por eso, todo accionar, animado por la Esperanza que viene de lo alto, tiene sentido y puede dar mucho fruto, aun cuando podamos encontrarnos con un futuro poco prometedor.

Entonces, nuestro compromiso, es decir, nuestra acción como creyentes, es contribuir a que el mundo mantenga sus puertas abiertas a su acción y a su amor. Esto dará esperanza al mundo. Y puesto que estamos llamados a la conversión, y porque Dios es siempre fiel, lo mejor que podemos hacer es motivar y animar el regreso y apertura a Dios de cada uno de los que se han alejado de Él.

Siguiendo con el desarrollo del presente tema, debemos decir que no se puede descartar que el sufrimiento sea una escuela de aprendizaje y práctica de la esperanza. Saber que el mundo no cambia, que en él hay más sufrimiento que felicidad y que hay más guerras que acuerdos, aunque nos causa indignidad, también nos enseña a ser pacientes y a perseverar pese a estas dificultades. Nuestra realidad nos dice que el mundo está mal, que no está en orden y que sufre. Precisamente, frente a este panorama, es en donde somos invitados a ver de cara al crucificado que el sufrimiento se transforma en salvación y por tanto en fuente de esperanza.

¹¹⁰ Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil, *Discípulos y Servidores de la Palabra de Dios en la Misión de la Iglesia*, Ed. San Pablo, Bogotá 2013, p. 32

¹¹¹ Papa Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, n. 35

Sabemos que el hombre quiere curarse del sufrimiento y no puede porque lo encuentra por todas partes. Luchamos contra él, pero no podemos suprimirlo. Frente a esta situación, la esperanza cristiana nos dice que: *“lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y esquivar el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación y madurar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito”*¹¹². Esto exige transformar todo sufrimiento, mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe en Jesucristo.

Y aunque esto parece difícil vivir, Dios nos dice al igual que a Pablo: *“Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad”* (2 Cor 12, 9). Contamos con la gracia de Dios para incluso: *“complacernos en soportar por Cristo las debilidades, injurias, necesidades, persecuciones y angustias, porque cuando nos sentimos débiles, entonces es cuando nos sentimos fuertes”* (2 Cor 12, 10).

Por otro lado, ese sufrimiento, a veces, es por los demás. Pablo en la carta a los Colosenses dice: *“Ahora me alegro de padecer por ustedes, pues así voy completando en mi existencia terrena, y en favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de sus sufrimientos”* (Col 1, 24). Entonces todo sufrimiento que se padece posee una dimensión personal y comunitaria. Sin embargo, ambas dimensiones deben estar: *“traspasadas por la luz del amor”*¹¹³. Sólo así seremos capaces de hacer lo que hizo el Buen Samaritano, es decir, dar esperanza de salvación a muchos hombres que están tirados en las calles de la vida.

Continuando con la reflexión, la perspectiva del juicio constituye también un lugar donde la esperanza se aprende y se ejercita. Reflexionar sobre el juicio influye en la vida diaria de todo cristiano, ya que se convierte en un: *“criterio para ordenar la vida presente, en una llamada a su conciencia y en esperanza en la justicia de Dios”*¹¹⁴.

Hemos de empezar por la relación entre el juicio y la justicia divina. Lo primero que se ha de decir es que la imagen del juicio al final de nuestra vida no es una imagen

¹¹² Ídem

¹¹³ Ibíd., n. 38

¹¹⁴ Ibíd., n. 41

terrorífica, sino una imagen de esperanza. Creemos por la fe que Dios existe y que sabe crear justicia de un modo que no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Creemos, además, que existe una resurrección de la carne, así como también una: *“revocación del sufrimiento pasado y la reparación que restablece el derecho”*¹¹⁵. Por eso, la fe en el juicio es fe en la justicia de Dios. Esta fe es ante todo y sobre todo esperanza.

Ahora, junto a la justicia de Dios está también la gracia. Pero la gracia no convierte la injusticia en derecho ni hace que todo lo que se ha hecho en la tierra termine teniendo el mismo valor, sino que, junto a la justicia, en sentido estricto, la gracia es un don divino orientado hacia el descubrimiento de la verdad de todo hombre y a la apertura de la plenitud eterna. De allí que también la gracia constituye nuestro consuelo y esperanza.

Pero: ¿qué puede pasar con nuestras obras en contra de Dios, de su justicia, de su verdad y de su amor y de tantas impurezas que acumulamos durante nuestra existencia? San Pablo nos aclara diciendo: si la existencia está construida sobre el fundamento que es Jesucristo, si hemos permanecido firmes en Él, ese fundamento no se nos arrebatará ni aun en la muerte. Pero también dice que lo que cada uno ha hecho saldrá a la luz, el día del juicio lo manifestará, porque ese día despuntará con fuego y el fuego probará la calidad de cada construcción. Si la construcción resiste recibirá la recompensa; y la que no, recibirá el daño. No obstante, él quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego (1 Cor 3, 12-15)

Ahora, podemos decir que ese fuego es el encuentro con Jesús y que el encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad y todo pecado se deshace, pues Él no tiene pecado. También:

Frente a Cristo que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios, así como también revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena¹¹⁶.

¹¹⁵ *Ibíd.*, n. 43

¹¹⁶ C.E.C, n. 1039

El encuentro con el Hijo de Dios es lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca e incluso puede derrumbarse. Pero, en el dolor de este encuentro, está la salvación. Su mirada y el toque de su corazón nos curan a través de una transformación dolorosa, pero es un dolor bienaventurado, porque nos permite ser nosotros mismos y totalmente de Dios. Entonces: *“el juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte”*¹¹⁷.

Todo lo dicho anteriormente no provoca una permisividad de todo acto que va en contra del amor divino, más bien, se trata de una llamada a ver la vida con los ojos de Dios, a tomar conciencia en el aquí de nuestra historia y de nuestros actos, que no pocas veces están en contra de ese amor, pero que Dios triunfa sobre ellos. De allí que la imagen del Juicio sea también una llamada a la conciencia a entrar en la dinámica del amor y la conversión, así como también de la responsabilidad y del compromiso serio con la vida de cada uno y con la de los demás.

Entonces, el Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, cuanto porque es gracia. La justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación con temor y temblor (Fil 2, 12) y la gracia nos permite esperar y caminar llenos de confianza al encuentro con el Juez. Además, a pesar de que nuestro modo de vivir y actuar no es irrelevante ni ante Dios ni ante los demás, nuestra inmundicia no nos ensuciará eternamente si permanecemos esperanzados y abiertos a Cristo, a su verdad y a su amor. Y: *“aunque nuestra morada terrenal se destruye, tenemos una mansión eterna, que Dios ha inaugurado ya en Cristo, en su Cuerpo”*¹¹⁸ (2 Cor 4, 16-5, 5), y que éste último se ve llamado a celebrar gozosamente la esperanza de salvación.

En conclusión: la actuación de Dios y la de todo creyente hace que nuestra esperanza crezca y dé buenos frutos. Procedemos en este mundo con la conciencia de que

¹¹⁷ C.E.C, n. 1041

¹¹⁸ Papa Francisco, Carta Encíclica *Lumen Fidei*, n. 57

Dios actúa en nosotros, y nosotros debemos actuar conforme a su voluntad desde el amor y la esperanza.

3.3. CELEBRAR: LA EUCARISTÍA, PRENDA DE LA GLORIA FUTURA

En este apartado final se abordará, en primer lugar, el Banquete Pascual (anticipación de la mansión eterna) como comunión íntima entre Dios y el hombre y, en consecuencia, como comunión entre todos los miembros del pueblo de Dios. En un segundo momento, se destacarán las implicaciones que tiene la celebración eucarística en cuanto a la esperanza cristiana, y por último se hará referencia a la Eucaristía como prenda de Gloria futura.

En primer lugar, hay que decir que la Eucaristía es comunión con un Dios que se dona. Debemos entender esta donación como una entrega total, sin restricciones. Es una entrega libre y desinteresada, es decir, una entrega que no espera nada a cambio. Así actúa Dios y manifiesta su amor, un amor que exige renuncia, entrega y libertad. Por tanto, en este sacramento Dios se da a su pueblo tal cual es, libre y en toda su divinidad, alimentando a este pueblo con su cuerpo y con su sangre hasta saciarlo.

Ahora bien la donación de Dios hace que todos los miembros de la Iglesia seamos con Cristo: *“al participar en los sagrados misterios, todos los que forman el pueblo de Dios llegan a ser consanguíneos con Cristo, anticipando la experiencia la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad”*¹¹⁹.

Por otra parte, al ser consanguíneos con Cristo, la Iglesia es una en Él en el sacramento de la Eucaristía. San Agustín a propósito decía: *“Nos hemos convertido en Cristo. En efecto, si Él es la cabeza y nosotros sus miembros, el hombre total es Él y*

¹¹⁹ Cfr. Papa Juan Pablo II, Carta Apostólica *Orientale Lumen*, n.10

nosotros”¹²⁰. *“Estas palabras de san Agustín exaltan la comunión íntima que, en nuestro camino histórico, encuentra su signo más elevado en la Eucaristía”*¹²¹

La comunión íntima establece una alianza de amor, dada entre Cristo y el creyente. Es así que en la Eucaristía descubrimos que Dios ha establecido una alianza con su pueblo, la alianza del amor y esto es también motivo de mucha esperanza. Dios ha hecho un pacto con nosotros y lo ha sellado con la propia sangre de su Hijo, pacto por el cual nos abraza y permanecemos en Él. En la Eucaristía, comunión de amor entre Dios y el creyente, se concreta de modo real. Así lo afirma el Señor Jesucristo: *“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”* (Jn 6, 56; 15, 4-9)

Por otro lado, la comunión en la que se da esta alianza es un: *“encuentro sacramental y de intimidad con el Hijo de Dios”*¹²², que murió, resucitó y está junto al Padre. En la comunión sacramental recibimos, pues, a Cristo mismo. Él entra en lo profundo de nuestra vida. Entonces, por medio de Él nos encontramos íntimamente con Dios y pregustamos la entrada en la mansión eterna. Cada vez que comemos el pan y bebemos del cáliz de la vida, Dios mismo baja al corazón de su pueblo, se encuentra con él y le comparte su vida íntima, así, el creyente entra en la intimidad de Dios y también entra en su casa.

Esta esperanza de comunión perfecta, de intimidad con Dios, celebrada en el banquete sagrado, no es de unos pocos, sino de toda la comunidad, de todo el pueblo de Dios, pues: *“cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, en la que se hace realmente presente el acontecimiento central de salvación y se realiza la obra de nuestra salvación, el sacrificio es decisivo para la salvación del género humano”*¹²³. *“La celebración de este sacramento alimenta y santifica a todo el pueblo de Dios, así como también congrega a todos los hombres que habitan un mismo mundo, en una misma fe y en un mismo amor”*¹²⁴.

¹²⁰ San Agustín, *Tractatus in Johannem*, 21, 8

¹²¹ Juan Pablo II, Catequesis sobre la Eucaristía, *La Eucaristía: Banquete de comunión con Dios*, Audiencia General, 18-10-2000, n. 1

¹²² Juan Pablo II, Carta Apostólica *Domenicae Cena*, 1980, n. 4

¹²³ Papa Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, n. 11

¹²⁴ Prefacio II de la Santísima Eucaristía

Por último, hemos de tener presente que la unión con Cristo realizada en este Sacramento nos capacita también para nuevos tipos de relaciones sociales. Y es que: *“la mística del sacramento implica un carácter social. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán”*¹²⁵. De ahí que las relaciones con el prójimo deben estar guiadas por el amor que proviene del Espíritu de Dios.

El desarrollo del tema exige traer a colación implicaciones que se desprenden de la esperanza cristiana vivida y celebrada en el Sacramento de la Eucaristía como son la caridad y el servicio. La Eucaristía exige, mientras esperamos la comunión plena de la Cabeza con el Cuerpo, vivir en la caridad. La vida de todo cristiano que participa en el banquete de la Eucaristía debe estar animada por la caridad, ya que ésta: *“encuentra su fuente precisamente en el Santísimo Sacramento, llamado generalmente Sacramento del amor”*¹²⁶. Por eso:

Junto con este don insondable y gratuito que es la caridad revelada hasta el extremo en el sacrificio salvífico del Hijo de Dios, del que la Eucaristía es señal indeleble, nace en nosotros una respuesta viva de amor. No sólo conocemos el amor, sino que nosotros comenzamos a amar¹²⁷.

Entonces, a partir de la Eucaristía, la Iglesia peregrina no solo entra en el horizonte del amor, sino que también progresa y se refuerza en el amor cada vez que celebra este Sacramento. Así pues, la doctrina de la Eucaristía es a la vez: *“signo de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad”*¹²⁸. Se trata, por tanto, de contemplar a la Iglesia, que espera amando, y amando fortalece su espera, es decir, su comunión plena con el Señor.

Por lo visto anteriormente, se hace necesaria la reflexión sobre la relación Eucaristía y prójimo, pues la caridad tiene entre otros este horizonte: el prójimo. Es cierto que el banquete pascual es la fuente del amor que anima a la Iglesia y también es verdad que amamos, pero no amamos a algo sino a personas en concreto, amamos a nuestro prójimo. Por eso: *“el auténtico sentido de la Eucaristía se convierte de por sí en la escuela de amor*

¹²⁵ Cfr. Papa Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas Est*, 2004, n. 14

¹²⁶ *Ibid.*, n. 5

¹²⁷ *Ídem*

¹²⁸ San Agustín, *In Ioannis Evangelium*, trac. XXVI, cap. VI, núm. 13; PL 35, 1613

activo al prójimo”¹²⁹. La Eucaristía entonces: “*demuestra qué valor debe de tener a los ojos de Dios todo hombre, nuestro hermano y hermana, si Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno, bajo las especies de pan y de vino*”¹³⁰.

Por otra parte la caridad exige el servicio. Y es que el amor se hace obra cuando se sirve. Por eso, todo el que ama se da cuenta que está llamado a servir. El servicio está en el corazón de todo cristiano, de allí, que mientras esperamos la Nueva Jerusalén, los cielos nuevos y la tierra nueva, servimos como el Señor lo hizo, pues Él nos enseñó con su vida que no vino a ser servido sino a servir (Mt 20, 28). El Señor Jesús mostró que:

El amor alcanza su cima en el don que la persona hace de sí misma, sin reservas, a Dios y a sus hermanos. Al lavar los pies a los Apóstoles, el Maestro les propone una actitud de servicio: “Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros”¹³¹ (Jn 13, 13-14).

Por tanto, Jesús enseña que todos sus discípulos deben imitarlo: “*haciéndose como Él solícito en el servicio a los demás, también con sacrificio personal*”¹³². El servicio, entonces, se orienta a la solicitud por las necesidades del prójimo y exige una actitud de humildad y disponibilidad. La Eucaristía, en la que se celebra el sacrificio que Jesús y su Iglesia hacen al Padre, recuerda a todo cristiano que espera en Dios, que servir implica donación y sacrificio gratuito, y que deben ser llevados a la práctica como lo hizo el Maestro. Por eso, la Iglesia que aguarda la segunda venida del Señor debe tener siempre presente que su vocación es el servicio, pues el Señor, que es su Cabeza, es el servidor por excelencia. Todo cristiano debe estar dispuesto para servir a tiempo y destiempo.

De lo dicho hasta aquí debemos destacar que la esperanza se perfecciona cuando está estrechamente unida con la fe y la caridad. Junto a ellas la esperanza se renueva y se hace vida. Se trata, por lo tanto, de una esperanza que, junto a la fe, cree y confía; y junto a la caridad, ama y sirve a Dios y a los hombres.

¹²⁹ Papa Juan Pablo II Carta Apostólica *Domenicae Cena*, op. cit., n. 6

¹³⁰ Ídem

¹³¹ Papa Juan Pablo II, Homilía: *El don inmenso de la Eucaristía*, n. 2

¹³² Ídem

Por último, presentamos la Eucaristía como prenda de la Gloria futura. Esto refuerza la esperanza eclesial.

Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados de bendición ella: *“es también anticipación de la gloria celestial”*¹³³. Cuando comulgamos el cuerpo del Señor, que es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado, nos unimos a la Pascua del Señor y nos asociamos a su destino de tal forma que también aguardamos resucitar y vivir para Dios tal como Él. En la Fiesta del banquete recibimos la garantía de la vida eterna, así como también de la resurrección corporal al fin del mundo. Las palabras del Señor lo confirman: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitare el último día”* (Jn 6, 54).

Esta anticipación: *“es pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (Jn 15, 11); es en cierto sentido anticipación del paraíso y prenda de la gloria futura”*¹³⁴. Entonces:

*“Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad”*¹³⁵. *“Esta gloria divina se esconde bajo signos humildes que solo puede percibir la mirada de la fe”*¹³⁶.

*“La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada”*¹³⁷. La Eucaristía *“une el cielo y la tierra”*¹³⁸ y es la presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles, así como su alimento espiritual. La Eucaristía es lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar esperanzador por la historia. Por ello, frente a este don tan sagrado que Dios ha concedido a la Iglesia, ésta, como signo de agradecimiento y a la vez de humildad, se pregunta: ¿cómo pagaré al Señor todo este bien? Y puesto que *“en*

¹³³ C.E.C, n. 1402

¹³⁴ Papa Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, n. 18

¹³⁵ Ídem

¹³⁶ Papa Juan Pablo II, Catequesis sobre la Eucaristía, *La Eucaristía: suprema celebración terrena de la gloria*, L'Osservatore Romano, 25-09-2000, n. 1

¹³⁷ Papa Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, n. 6

¹³⁸ *Ibíd.*, n. 8

cada celebración eucarística este don es siempre nuevo”¹³⁹, la esperanza del pueblo de Dios se renueva constantemente.

*“En Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste y este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolo de confiada esperanza”*¹⁴⁰. Y es que: *“El banquete eucarístico es para nosotros anticipación real del banquete final, anunciado por los profetas (Is 25, 6-9) y descrito en el Nuevo Testamento como las bodas del Cordero (Ap 17, 7-9), que se ha de celebrar en la comunión de los santos”*¹⁴¹.

A partir de todo lo expuesto en este trabajo, debemos decir que la esperanza de salvación, que proviene de Dios y que es sólida y verdadera, exige a todo hombre, a todo creyente y a toda persona de buena voluntad, el compromiso de iniciar un camino de seguimiento fiel a Dios y su santidad de vida. De esta forma, siendo fieles a Dios, y santos ante sus ojos, permanecemos preparados, con la cintura ceñida y con las lámparas encendidas ante el regreso del Señor (Lc 12,35), quien es nuestra esperanza de salvación.

¹³⁹ Papa Juan Pablo II, Homilía en la Misa in cena Domini: *El don inmenso de la Eucaristía*, n. 3

¹⁴⁰ *Ibíd.*, n. 1

¹⁴¹ Papa Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 31, 2007

CONCLUSIONES

La esperanza es un valor fundamental en la vida, pues está implantada en el corazón de todo hombre. Permite que se descubra como un ser que no está abandonado a un ciego destino, sino más bien, como un ser abierto a la espera siempre de algo más, de algo que de sentido a su existencia. La esperanza es patrimonio del ser humano porque éste un ser que espera y porque esperar es algo inseparable del ser humano.

La esperanza forma parte de las vivencias o experiencias fundamentales profundas y por ende llegan al fondo de la existencia; puede dar sentido a diversas situaciones cuando todo parece acabar. Ella ayuda a superar las dificultades que se presentan y permite abrirse a la lucha confiada por un mundo más fraterno y más humano. Sin ella la vida resultaría un absurdo, una tragedia.

Sin embargo, las experiencias como el fracaso, el mal y la muerte constituyen unos de los mayores cuestionamientos de la esperanza humana. Ante el fracaso, el mal y la muerte, situaciones límites, la esperanza humana aparece coartada y adquiere el rostro de una ilusión que se puede desvanecer con prontitud. Estos cuestionamientos avisan sobre la vulnerabilidad de la esperanza.

Cuando la esperanza pierde el horizonte, es el hombre mismo quien se halla perdido en el mundo, se desintegra y se deshumaniza. Entonces debemos decir que la realización plena de la esperanza no está en las manos del ser humano porque el ser humano permanece abierto a la trascendencia, y en particular a la esperanza.

La verdadera y plena esperanza de salvación toma un rostro concreto llamado Jesús de Nazaret, el Mesías, el Salvador quien es la manifestación suprema del amor de Dios Padre. Durante el ministerio público de Jesús la esperanza de salvación está asociada con el anuncio de la Buena Nueva conjuntamente con los signos y prodigios que acompañaron ese anuncio. Así testifican las Escrituras.

La muerte de Jesús, al ser la muerte al pecado, termina con aquello que nos divide y desintegra, sacándonos por tanto de la condición que nos apartaba de Dios. Su muerte es una muerte redentora que mantiene viva la esperanza de salvación.

La muerte del Hijo del Hombre debe ser entendida sólo a la luz de la resurrección; esto consolida nuestra esperanza. La resurrección muestra que Jesucristo ha derrotado la muerte y por eso también podemos creer, por la fe en Cristo, que Él nos resucitará para la vida eterna. La resurrección es una realidad que toca la existencia y anima la fe y la esperanza de todo hombre.

Al comenzar a esperar la victoria de la vida y aguardar la resurrección, el que se mantiene en la esperanza de la salvación, fundamentada en Cristo Jesús, percibe el carácter irreparable de la muerte y ya no es capaz de contentarse con ella. De esta forma la resurrección interroga la realidad existencial, se quiera o no, y, más allá, determina la vida de fe, esperanza y caridad.

Tanto para Pablo como para Juan, lo ocurrido con Jesús es lo que debe darnos esperanza. Ambos aducen hechos pertenecientes a Jesús: que Él murió y resucitó, que Él está constituido por Dios en la dignidad de Hijo, que por Él se ha dado el Espíritu y que con Él han empezado unos tiempos nuevos.

Todo esto ha sido obra de un Dios que nos ama infinitamente y por ello anhela nuestro bien y nuestra felicidad. Jesús nos revela que Dios nos ama y que ese amor es el que nos salva. Pablo, Juan y las comunidades cristianas son testigos de esto. Por eso la esperanza de todo creyente es la certeza que proclama que Dios nos ama y anhela nuestra realización plena junto a Él.

La esperanza de salvación nos invita a pensar en una esperanza eclesial; una esperanza que se apoya en un contenido de fe, que se vive y que se celebra. La esperanza eclesial tiene un contenido de fe que abarca algunas cuestiones que exigen ser asumidas por todos los cristianos y hombres de buena voluntad que han depositado su esperanza en Jesucristo. Todo cristiano es llamado a creer en algunas consecuencias necesarias en la vida

de fe, ya que posibilitan que la espera de la patria celestial, junto a Dios que es amor, sea una espera gozosa, fiel y perseverante.

Esperamos ser con Cristo para siempre. A su vez es a Cristo a quien debemos los méritos sobrenaturales que podemos esperar y que son ofrecidos a todos. Por Jesucristo esperamos estar cara a cara con el Dios vivo, verdadero, fuente de la paz y del amor. Por otra parte, la existencia del creyente, que se abre y es transformada por el Amor salvífico de Dios manifestado en su Hijo, se dilata más allá de sí misma y es capaz de esperar la plenitud de ese Amor.

La esperanza de salvación, fundada en Jesucristo, se aprende y se ejercita de diversos modos y circunstancias a lo largo de la vida. Para todo cristiano la oración, el actuar y el sufrir, así como la reflexión en torno al juicio, constituyen lugares privilegiados para el ejercicio y el aprendizaje de la esperanza eclesial. Desde estos lugares la esperanza eclesial se hace vida.

La oración alimenta, anima y vivifica a la Iglesia. Por medio de ella Dios se encuentra con su creatura y su pueblo con Él, manteniéndose firme la comunión de amor que hay entre Él y su Iglesia. En cuanto a la acción, como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza, está orientada a abrir las puertas del mundo a la acción y al amor de Dios. Por tanto, la Iglesia que proclama la esperanza de salvación pone por obra esta esperanza, abriendo los corazones de los hombres a la acción divina. Esto constituye un compromiso y a la vez un reto para la acción de la Iglesia que es portadora de esperanza. Así, la oración se transforma en acción.

En relación al sufrimiento, se trata de sufrir por amor y unidos a Cristo; y también se trata de transformar todo sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe. En cuanto a la imagen de la muerte y del juicio debemos decir que no es una imagen terrorífica sino una imagen de esperanza. La imagen del juicio es una llamada a entrar en la dinámica del amor y la conversión así como también de la responsabilidad y del compromiso serio con la vida de cada uno y con la de los demás. Aquí la acción se transforma en vida.

La esperanza eclesial se la celebra de manera especial en la Eucaristía. El banquete pascual es comunión íntima entre Dios y el hombre. Cuando comulgamos su cuerpo nos unimos a su Pascua y nos asociamos a su destino de tal forma que también aguardamos resucitar y vivir para Dios tal como Él. Entonces, la Eucaristía es una celebración gozosa de la comunión de amor con Dios, de la unión íntima con él, de la espera de su morada y de su presencia real que es signo de su amor. Así la vida es acompañada por el amor.

Por último, la Iglesia peregrina no solo entra en el horizonte del amor sino que también progresa y se refuerza en el amor cada vez que celebra este sacramento. Y es que la Eucaristía se convierte de por sí en la escuela de amor activo al prójimo porque por medio de la Eucaristía la Iglesia ama al prójimo, pues Jesús lo dijo: ama al prójimo como si fuera Cristo mismo y ama al prójimo con el mismo amor de Cristo. De este modo podemos decir también que la Eucaristía es prenda de la gloria futura ya que hace presente el amor de Dios en la Iglesia.

Nuestra esperanza se encuentra en Dios, en su Amor manifestado en Jesucristo. La encarnación del Hijo de Dios constituye la garantía de la esperanza cristiana.

Sería oportuno, a partir de lo que hemos visto, abordar la relación entre las virtudes teologales y la santidad, debido a que la esperanza junto a la fe y la caridad:

Adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina (2 Pe 1,4) y disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Además las tres son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Por último porque son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano¹⁴².

¹⁴² Cfr. C.E.C., n.n. 1812-1813

BIBLIOGRAFÍA.

- 1.- BLOCH, E., *El Principio Esperanza I*, Madrid, Trotta, 2004
- 2.- BRANBILLA, F., *El Crucificado Resucitado*, Salamanca, Sígueme, 2012
- 3.- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Lumen, 1992
- 4.- COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO, La Casa de la Biblia, Séptima Edición, España, 1995
- 5.- COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Algunas cuestiones actuales de Escatología*, 1990
- 6.- CONFERENCIA NACIONAL DE LOS OBISPOS DE BRASIL, *Discípulos y Servidores de la Palabra de Dios en la Misión de la Iglesia*, Bogotá, Ed. San Pablo, 2013
- 7.- CONSTITUCIÓN GAUDIUM ET SPES, in Concilio Vaticano II, Paulinas
- 8.- CORDOVILLA, A., *Gloria de Dios y salvación del hombre*, Salamanca, Secretariado Trinitario
- 9.- ZEROLO E., DE TORO Y GÓMEZ M., ISAZA E., Y OTROS ESCRITORES ESPAÑOLES Y AMERICANOS, *Diccionario de la Lengua Castellana*, Ed. Garnier Hermanos, París.
- 10.- ENTRALGO, L., *Antropología de la esperanza*, Madrid, 1978
- 11.- FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ed. Ariel, 2001
- 12.- FRANKL, V., *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 1991
- 13.- GALEANO, A. *Visión Cristiana de la Historia*, Bogotá, 2010
- 14.- GEVAERT, J., *El Problema del Hombre*, Introducción a la Antropología Filosófica, Salamanca, Sígueme, 1978
- 15.- KASPER, W., *La misericordia, Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Ed. Sal Terrae, Santander 2013
- 16.- MOLTMANN, J., *La Venida de Dios*, Sígueme, Salamanca, 2004 O´Collins, G., *El hombre y sus nuevas esperanzas*, Sal Terrae, Santander, 1970
- 17.- MOLTMANN, J., *Teología de la Esperanza*, Sígueme, 1981
- 18.- HÄRING, B., *La Ley de Cristo I*, Barcelona, Herder, 1965
- 19.- PAGOLA, J., *Jesús, Aproximación Histórica*, 5 Edición, PPC, Madrid, 2007

- 20.- PAPA BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas Est*, 2004
- 21.- PAPA BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis*, 2007
- 22.- PAPA BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, 2007
- 23.- PAPA FRANCISCO, Carta Encíclica *Lumen Fidei*, 2013
- 24.- PAPA JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Orientale Lumen*, 1995
- 25.- PAPA JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Domenicae Cena*, 1980
- 26.- PAPA JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 2003
- 27.- PAPA JUAN PABLO II, Catequesis sobre la Eucaristía, *La Eucaristía: Banquete de comunión con Dios*, Audiencia General, 18-10-2000
- 28.- PAPA JUAN PABLO II, Catequesis sobre la Eucaristía, *La Eucaristía: suprema celebración terrena de la gloria*, L'Osservatore Romano, 25-09-2000
- 29.- PAPA JUAN PABLO II, Homilía: *El don inmenso de la Eucaristía*, n. 2., 9-04-1998
- 30.- PIKAZA, X., *La figura de Jesús*, Pamplona, Verbo Divino, 1992
- 31.- RAHNER, K., *Sentido teológico de la muerte*, Herder, 1965
- 32.- TIerno, B., *Valores Humanos*, Tercer Volumen, Madrid, Taller de Editores S.A., 1997
- 33.- TORNOS, A., *Escatología I*, Madrid, UPCM, 1980
- 34.- TORRES QUEIRUGA., A., *Esperanza a pesar del mal*, La esperanza como existenciario humano, Sal Terrae 2005
- 35.- VERNEAUX, R., *Historia de la Filosofía Moderna*, Barcelona, Herder, 1989